

Letras en primavera

Concurso literario
categorías adultas y adultos,
y personas mayores



Versión DIGITAL

LETRAS EN PRIMAVERA

Concurso literario

Categorías: adultas y adultos,
y personas mayores

© DIVERSOS AUTORES

© CORPORACIÓN DE INCLUSIÓN
SOCIAL, DE LA ILUSTRE
MUNICIPALIDAD DE CERRO NAVIA

© BIBLIOTECA MUNICIPAL FATEMA
MERNISSI

© CERRO EDICIONES

Junio de 2023

Cerro Navía, Santiago, Chile

Diseño y diagramación: Eduardo Farías
Ascencio

Índice

- 6 Primer lugar categoría adultas y adultos
Camila

- 13 Primer lugar categoría personas mayores
Soñé un lugar llamado Barrancas

- 18 Segundo lugar categoría adultas y adultos
Todo estará bien

- 23 Segundo lugar categoría personas mayores
Sala de espera

- 27 Tercer lugar categoría adultas y adultos
Cuando me dicen se acerca la primavera

- 31 Tercer lugar categoría personas mayores
Donde descansa la luna

- 35 Textos concursantes categoría adultas y
adultos
Al amanecer te llevaré donde tu madre, la
madre de tu madre
- 37 Cenizas
- 39 Chris
- 41 Cómo percibo el mundo

44	De cómo cuando empecé a amarme
47	Destello
51	Ella
53	El silencio de Ema
59	El sueño que más anhelo
60	El nuevo vecino
63	Entre mi vida y su muerte
65	Gracias a un libro
71	I = I
74	La vuelta de Santiago
78	Las aventuras de Pita
82	¡Mujer!... una propuesta para ti
87	Mujeres de nuestra historia
91	No es como en las películas
97	Nuevamente se posaron sobre mí un par de soas
99	Rota
101	Secreto
102	Sinfonía de Primavera
104	Sueños viejos
106	Un punto fijo en la oscuridad

Textos concursantes categoría personas
mayores

113	El astronauta
-----	---------------

categoría adultas y adultos

Primer lugar

TEXTO LITERARIO

Camila

AUTOR

Manuel Huenqueo Vidal

Camila

Camila miraba su reflejo en el techo de la habitación mientras fumaba un cigarrillo, siempre me ha desagradado esa práctica posterior a tener sexo, pero ella se veía tan calmada y en paz que no me atreví a decirle nada. Esa era mi última noche en la capital, al día siguiente debía tomar un bus que me llevaría a la Patagonia, a un parque nacional, donde trabajaría como guardia, el salario era mucho menor al que recibía en esa pequeña empresa contratista que se había adjudicado la licitación del mantenimiento eléctrico de la universidad, pero no me importaba, necesitaba ponerme en movimiento. Camila trabajaba en el mismo lugar, pero para otra empresa de las mismas características, ella se dedicaba a las labores de aseo, y hace un rato atrás me hablaba de lo sucio de los baños de los alumnos, de lo asquerosos que podían llegar a ser ellos. Yo no tenía mucho que decir, sólo contemplaba su cuerpo desnudo, las bocanadas de humo que se elevaban y diluían en el aire, hasta cierto punto, y en ese instante, ya no me parecía tan molesta esa costumbre.

Aquella tarde caminamos desde Arturo Prat hasta el Parque Bustamante, comimos algo en una fuente de soda y bebimos unas cuantas cervezas, luego fuimos a uno de esos moteles escondidos de aquel sector. Días antes, le había contado mis planes a Camila, nunca fuimos amigos, pero nos sentíamos cercanos, quizás los dos teníamos algo parecido a un alma solitaria. Ella me dijo que hoy, viernes, debíamos hacer una despedida formal. No invitamos a nadie, la verdad es que yo nunca hice amistad con mis colegas y ella se veía distanciada del resto de los trabajadores de la universidad.



Camila era una mujer de unos 29 o 30 años, tenía la cara redonda, la piel clara, el pelo negro y unos ojos verdes que eran hipnóticos pero tristes; su rostro tenía pecas, lo que le daba siempre a su semblante un aire juvenil. La pasaba en edad por unos 10 años más o menos, yo no tenía ningún atractivo físico, quizás lo único destacable de mi rostro fuera una cicatriz sobre mi ceja izquierda, producto de una caída en bicicleta cuando tenía 12, debido a esa lesión, el parpado de ese ojo siempre se veía algo caído, mi expresión era como la de una persona eternamente cansada.

De pronto, rompo el silencio y hablo de mi viaje, de las horas sobre el bus, de mi infancia en Temuco, de lo horrible que fue crecer en un barrio pobre y compartir una casa decrepita con unos familiares alcohólicos que me atemorizaban en esas largas jornadas en que mis padres salían de casa e intentaban buscar algo parecido a un empleo, y yo quedaba al cuidado de una tía que me retaba por todo, que me obligaba a hacer tareas de limpieza en esa casa horrible. Fue una época oscura la década de 1980, con el peso de la dictadura sobre nosotros. Le conté a Camila sobre la detención de mi viejo en el Estadio Nacional, un evento que ocurrió antes de que yo naciera.

Cuando terminé de hablar, ella dio las últimas pitadas a su cigarrillo y lo apagó en el cenicero que estaba sobre el velador, luego se sentó en la cama y me miró un momento, se acomodó el pelo tras las orejas, se veía realmente radiante, en ese instante me di cuenta de lo hermosa que era, el holgado uniforme que usaba a diario no permitía adivinar la belleza de ese cuerpo menudo de anchas caderas y breves, pero turgentes, senos. Entonces, ella recuesta su nuca sobre mi pecho, ahora los dos miramos nuestras imágenes en el techo, y es como si viéramos por una ventana



la intimidad de otras personas, de desconocidos que nos son familiares.

De pronto, Camila comienza a hablar, su rostro se ve inexpresivo, pero luego entiendo que en realidad está tratando de contener ciertas emociones, lo que me cuenta a continuación me lo deja claro.

—Cuando era chica —comenzó a relatar Camila—, mi tío, el pastor del templo al que íbamos, me tocaba, me obligaba a hacer cosas que yo no quería, mi madre no me creyó cuando le conté que estaba embarazada de él, me trató de mentirosa y me echó de la casa, en ese entonces tenía 17, dormí una semana en el Parque de los Reyes, comía de la basura y de lo que me regalaban los jardineros cuando desayunaban. Traté de hablar con mi mamá para que me aceptara de nuevo en la casa, pero me cerraba la puerta en la nariz y yo me iba bajo las miradas furtivas de las vecinas que se escondían en sus patios o tras las cortinas de sus ventanas. En ese entonces tenía 6 meses de embarazo, pero no se me notaban, estaba tan flaca, tan mal alimentada; en unos días más cumpliría 18 y mi vida ya era algo horrible. Recordé que en Cerro Navia vivía mi madrina, ella había quedado viuda hacía un año, cuando era niña, ella y mi madre fueron muy unidas, pero con el tiempo se distanciaron. Yo tenía preciosas imágenes de mi madrina llegando el día de mi cumpleaños con vestidos nuevos preciosos que me hacían ver como una muñeca. Ella nunca tuvo hijos y creo que yo suplía de alguna manera esa carencia. Un día fui hasta su casa, no sabía si me iba a ayudar, pero al abrir la puerta después de tocar su timbre, sólo le tomó un segundo para reconocermme y abrazarme. Le conté todo, le dije que mi mamá me había echado de su casa porque estaba embarazada, no le mencioné quién era el padre. Ella fue hasta el teléfono y la llamó y la retó, la discusión fue breve. Mi



madrina se veía tan enojada, su cara estaba roja, pero controló su rabia. Me dio alojamiento, por lo menos por un tiempo. Yo necesitaba una madre y ella quería una hija. La guagua sólo vivió unos minutos, nació con una malformación al corazón. Fue niño, no le puse nombre porque no lo quería, en ese entonces no había ley de aborto por tres causales, si alguien violaba a una mujer, ella estaba obligada a dar a luz al hijo de su violador. Me prometí que nunca volvería a ser madre. Cuando murió mi madrina de cáncer me dejó su casa, estaba ubicada en una esquina, así que el sitio era grande, en el patio trasero tenía un palto y un magnolio, entre sus troncos ella colgó una hamaca, en verano me gustaba mirar el cielo nocturno, las estrellas y las luces lejanas que se movían lento en el firmamento. Me empecé a meter con hueones que valían callampa, una sicóloga me dijo que era border, y que una de las características de ese trastorno era la incontinencia sexual. Debía comprar un medicamento que costaba 40 lucas, sólo lo usé una vez porque no lo podía pagar todos los meses. Yo trabajaba en cualquier cosa en ese entonces: de vendedora de ropa, en el McDonald's, haciendo encuestas. Nunca más volví a hablar con mi madre. Una vez, vi a mi tío en la tele, en las noticias, se lo llevaban preso por violación: "Pastor evangélico violaba a niñas de la congregación que lideraba". Gente del barrio en donde yo vivía le arrojaban piedras a la patrulla que lo transportaba a la cárcel. Su imagen se quedó conmigo varios días, y el recuerdo de mi niñez me hizo colapsar en el metro, perdí el conocimiento en el andén de la estación Pudahuel; me llevaron a un consultorio cercano, me estabilizaron, me preguntaron por mi madre y yo respondí que había muerto.

Esa última palabra quedó flotando en la pieza, como el humo que se elevaba de su cigarrillo hacía unos minutos atrás. Parecía que iba a agregar algo más, pero no lo hizo. Su reflejo en el techo se veía partido debido a la división de los espejos.



—¿Y tu padre? —pregunté.

—¿Qué pasa con él?

—¿Nunca supo sobre lo que me acabas de contar, lo de tu tío?

Ella me miró como si no entendiera mi pregunta, como si le hubiera hablado en una lengua indescifrable.

—Él no existe —contestó—, nunca existió. Se supone que ni siquiera supo de mí, mi madre nunca le contó, al parecer.

—¿Denunciaste a tu tío? —le pregunté.

No contestó.

Silencio.

Pensé que iba a levantarse para ir al baño, pero no fue así, hundió su rostro en mi pecho, yo le acaricié su pelo largo y liso y negro, luego su espalda, ella pareció florecer de repente, pareció encontrar algún tipo de alivio momentáneo a una dolorosa herida crónica. Entonces, se sienta sobre mí, me monta, y yo poco a poco me dejo envolver por la cadencia de sus gemidos y el sonido húmedo de nuestros cuerpos.

A la mañana siguiente, ella se había ido un poco antes del amanecer, no hubo una nota sobre el velador como en las películas. Todavía la pieza estaba impregnada con su perfume, o con el olor de sus cigarrillos. Nuestro encuentro en la vida había sido tan efímero que no era necesaria una despedida.

Salí del motel y tomé el metro hasta la casa donde arrendaba una pieza. Dejé todo en orden y me despedí. Fueron años tranquilos, como suele pasar cuando ya no esperas nada de la vida.

Subí nuevamente al metro con rumbo al terminal de buses, sería un viaje largo de 15 o 20 horas, o quizás más. El bus salió a las 12 de la noche. Por el vidrio veía pasar edificios, parques, casas, luces que se alejaban. A mi lado, una mujer joven, como de la edad de Camila, escuchaba música por unos audífonos enormes, no



reconocía al artista, pero sí el estilo musical, era rock. Pronto me quedé dormido y soñé casi lo mismo que estaba viviendo en ese momento, que viajaba, pero era chico y me iba de vacaciones con mis viejos al sur, a Cholchol, a la casa de mi tío, cuando llegábamos mi padre se metía al río y se sumergía, después de varios minutos alzaba la cabeza por sobre la línea que se dibujaba en el horizonte, lo hizo varias veces mientras se alejaba y yo sentía una angustia que me paralizaba; entonces, no volvió a emerger, yo gritaba pero de mi boca no salía ningún sonido, mi llanto era silencioso y desesperado.

Desperté sudado, me costó entender en dónde me encontraba, pero luego me orienté. A mi lado ya no estaba la mujer joven de grandes audífonos, ahora había un señor mayor con poncho que dormía tranquilamente, el aire que escapaba de su boca no alcanzaba a ser un ronquito, lo suyo era más parecido a un leve silbido.

El paisaje de la carretera ofrecía campos interminables, vacas pastando, ovejas; yo todavía no tenía un punto de referencia claro como para darle un nombre a las imágenes que se desplazaban por fuera del bus, pero entonces apareció el Lago Llanquihue y su infinito manto azul, a lo lejos el Volcán Osorno parecía flotar.

Comenzaba a amanecer, el bus se detuvo unos minutos en un terminal rural. Yo aproveché la pausa para comprar un café y estirar las piernas. Esos eran los primeros días de primavera y se sentían gratamente cálidos, el aire que colmaba mis pulmones tenía un aroma a tierra mojada y lluvia, un aroma a promesa.



categoría personas mayores

Primer lugar

TEXTO LITERARIO

Soñé un lugar llamado Barrancas

AUTOR

Héctor Saravia Reyes

Soñé un lugar llamado Barrancas

Tenía 6 años y vivía en un lugar muy extraño, pero me pareció que lo conocía estaba en un lugar como un gran patio, me encontré con un amigo, vallo le decían, el era mucho mayor que yo siempre tenía en sus manos un paño donde cocia sus botones, recordé que siempre decía ¡¡¡¡Que niño más malo no jueguen con él!!! Al final siempre terminábamos jugando a la pelota yo recuerdo que tenía una pelota de trapo que daba botes, mi padre me las hacía, todos los niños del lugar querían jugar con esta pelota, teníamos una gran cancha de fútbol, estaba en la calle CAUQUENES, creo que así se llamaba el lugar, era inmenso donde jugábamos interminables pichangas, donde además éramos muchos encumbreado volantines en septiembre, me recuerdo durante el sueño que al frente de donde vivíamos, había un lugar como un gran fundó donde vendían naranjas, y no se porque razón estas eran inmensas yo creo que pesaban un kilo cada una, también habían unos árboles que tenían unas pelotitas moradas, maqui creo que se llamaba, quedamos todos morados cuando las comíamos, recuerdo que esta calle llamada CAUQUENES en el verano era solo tierra y en el invierno solo barro, esta calle me llevaba al colegio que estaba casi al llegar a una plaza que se llamaba Plaza Garin creo, al frente de esta plaza había un cine, me vi mirando los carteles donde anunciaban las películas que darían en la matine del domingo. TARZAN EL HOMBRE MONO, EL LLANERO SOLITARIO. Recordé que eran series que continuaban al domingo siguiente, creo que el cine también se llamaba Plaza Garin, en esta plaza recuerdo que había una iglesia, grande donde siempre los días sábados



habían casamientos o bautizos, nosotros íbamos porque siempre había un padrinito cacho que tiraba monedas después de la ceremonia, le gritábamos ¡¡¡Padrinito cacho tirate veinte cacho si no teni sencillo tira los calzoncillos!!! Si el padrino no tiraba monedas entonces gritábamos ¡¡¡Padrinito rulo metete las monedas en el culo!!! Juntábamos monedas de a peso que después nos servían para comprar pastillas decía mi abuela, me veo mirando la iglesia, el cine, la plaza, mi escuela, no se donde es pero se que en algún momento de mi niñez estuve en este lugar, recuerdo que un día alguien dijo que la iglesia debía ser demolida porque detrás del altar se apareció el diablo, la iglesia que veo es la que recuerdo ¿será verdad que esto existió? Solo se que es mi sueño y no quiero despertar. CAUQUENES, es el lugar, ahí conocí personas que las recuerdo y que se que fueron mis amigos, el viejo del saco lo veo, cada 15 días pasaba por mi casa el sabia que yo le tenia huesos en una cosa muy rara los pesaba y me daba un peso, a veces llegaba un señor que arreglaba paraguas, ollas, teteras, siempre venía con un tarro co que fuego y lo movía al compás de su caminar, alguna vez me lo pasó un rato, hay alguien que viene y grita ¡¡¡¡Mote mey calentito el mote!!!! Es mi amigo niño igual que yo que vende, no logro ver que es lo que vende, pero se que es mi amigo que siempre lo veo en la escuela. Tantas cosas que pasan en un sueño ¿Cuanto dura un sueño? En esta calle donde alguna vez viví, siempre de vuelta del colegio pasaba donde unos abuelos que vendían cajetillas de cigarro vacías, o las cambiaban, yo recuerdo que guardaba el pan con mantequilla que me daban para el recreo, de vuelta del colegio pasaba y se lo cambiaba por cajetillas, estas servían para hacer cinturones creo. Miro la calle y si es CAUQUENES, es por donde me llevaba mi padre en un auto de madera a pedales hasta llegar a un lugar donde había una carretela, Don Javier creo que se llamaba el dueño del lugar, vendía chicha, mientras yo juego en la



carretela, es muy raro el sueño al parecer estamos dando un paseo, me lleva corriendo nuevamente hasta llegar a una casa grande muy grande, la llaman la casa de vidrio, llena de ventanas, alguien dice no se porque razón que este lugar se llama LAS BARRANCAS, raro el nombre, me doy cuenta entonces que en algún momento viví en un lugar llamado LAS BARRANCAS, ¿como se llama el lugar donde vivo hoy? Cerro Navia creo, hay un cerro que tiene ese nombre, lo veo y veo a muchos niños raspando el cerro, están sacando sapolio lo ponen en unas bolsas para luego venderlos, este cerro lo he visto y no es el mismo que alguna vez conocí, estoy en mi casa escucho la radio con mi madre, me acuerdo que el programa se llamaba Lo que cuenta el viento, mi madre está tejiendo, y es raro yo también lo estoy haciendo, me pasa unos clavos grandes y me enseña a tejer, me entretengo antes de quedarme dormido, cuando despierte creo que saldré a mirar la calle CAUQUENES, Quizás nunca existió, quizás todavía está para recordar parte de mi niñez, se que esto pasó alguna vez, hoy tengo 71 años, ha pasado mucho tiempo desde entonces, quizás la calle ya no es la misma quizás por eso no la reconozco, o quizás nunca existió, quizás es solo un sueño donde quise recordar cuando alguna vez yo también fui un niño y creo haber vivido en un lugar llamado BARRANCAS que hoy ya no existe. Ahora hay un lugar llamado Cerro Navia, las poblaciones se llaman villas, ya no está la calle CAUQUENES donde viví cuando niño, no está la casa de vidrio, no está mi colegio, no está Don Javier, no está mi amigo vallo, solo quedo su grito ¡¡¡Que niño más malo no jueguen con el!!! Ya no está el viejo del saco, el que arregla paraguas, al parecer mi sueño se está terminando, no quiero que termine, quiero quedarme, fui un niño y quiero seguir siéndolo, dicen que cuando uno llega a viejo vuelve a ser niño quizás sea eso. CERRO NAVIA ESTÁ CAMBIANDO dicen, nadie se dio cuenta que BARRANCAS también cambió, hoy no existe, quizás en



algún tiempo más 60 70 80 años quizás más, sea tanto el cambio de CERRO NAVIA que también termine de existir.



categoría adultos

Segundo lugar

TEXTO LITERARIO

Todo estará bien

AUTOR

Miguel Milgram Zurita

Todo estará bien

Cuando el temblor cesó, Manuel se alejó del marco de la puerta. Escuchó las voces asustadas de los vecinos en los otros departamentos. Volvió a la cama y durmió. Por la mañana encendió el televisor, el aparato colgado en la pared alumbraba la habitación vacía y sus pertenencias aún en las cajas. El noticiero informaba de “un terremoto de 7,5 con epicentro a 23 kilómetros al norte de Coquimbo y que causó serios daños en la infraestructura de la ciudad y una alerta de tsunami que se canceló en horas de la madrugada”. La periodista paseaba por los restos de una casa y hablaba con los dueños, quienes solicitaban la ayuda de la presidenta Bachelet. Manuel miraba el televisor con la cabeza puesta en otros temas, cuando al costado del entrevistado, un rostro femenino captó su atención. Se acercó al televisor y entonces vio, a pesar de las arrugas, a la mujer que había amado en lo que parecía ser otra vida.

—Es importante esto.

—Lo preguntas o lo afirmas, le dijo Manuel.

—Un poco de ambas. Para mí es importante, te pregunto si para ti también.

¡Viene Pinochet!, grita la gente por los pasajes. Golpean las paredes de las casas. El sonido de las latas se transforman en un eco que es imposible obviar. Manuel y Valentina no toman en cuenta el bullicio de afuera. La tarde es para ellos. El papá de Valentina atiende el almacén y tienen un par de horas para estar solos. Desnudos miran el cielo celeste cubierto por un visillo que difumina el contorno de los techos del barrio.



Era importante, le dijo Manuel a Valentina cuando llegó a ayudar con los escombros y llevarle un poco de mercadería. Te vi en las noticias, estás diferente, pero no tanto como para no reconocerte, le dijo él. Me mantengo, dijo ella e intentó sonreír. Trataron de hablar con normalidad, aunque ya nada era lo mismo. Solo quería verte otra vez, le dijo Manuel al despedirse. Aquel encuentro fue el último, nunca más se vieron ni hablaron, pero recordarían ese momento por el resto de sus vidas.

Manuel y Valentina se conocen desde niños pero no son amigos, a esa edad nadie tiene amigos, solo otros con los que juegan por las tardes bajo la luz del poste que ilumina la calle. Valentina solo puede jugar cuando su padre está en el almacén. No le permiten que juegue con los niños del pasaje. Valentina fue criada como una niña diferente al resto, una “niña mejor” dijo su papá en una oportunidad. La princesa de la cuadra. En los días de calor Valentina se baña en una piscina plástica, mientras todos miran por el hueco que deja la reja de madera. El papá suelta al perro para que les ladre. Nunca invitan a nadie.

—¿Estarás cuando te necesite?

—Estaré.

—¿Estarás cuando la oscuridad nos cubra y veamos el último punto de luz extinguirse?

—Estaré.

Manuel encontró a Valentina cuando ya no había razón para recordarla. Se encontraron por casualidad sin buscarlo. Fue en el terminal de buses. Ella viajaba al norte con su marido y él salía de vacaciones con su familia. Tu hijo es igual a ti, le dijo ella. No se veían desde aquel día, pero hicieron el quite a hablar del pasado. Él preguntó por su mamá, todo bien, dijo Valentina. Mi familia igual, siguen donde mismo, dijo Manuel. Ella le cuenta que su papá abandonó a su mamá y que murió solo. Manuel no siente pena,



tampoco rabia. Ya no tiene rabia. Iremos al sur, le dice él. Nosotros nos vamos a vivir a Coquimbo, le cuenta ella. Se despiden no sin antes darse los números telefónicos. Manuel simula que anota y ella bota el papel antes de subir al bus.

La comitiva entra por avenida La Estrella. Nadie alcanza a bajar de esos lujosos autos. La gente los recibe con piedras y gritos. Ellos, blindados con armas, guanacos y zorrillos. La gente se refugia en los interiores de los pasajes. Los cobardes se esconden en sus casas, pero la cobardía no limita la solidaridad y abren sus puertas para que la gente se proteja de las bestias.

Valentina se sobresalta con el ruido de los helicópteros. Era verdad, dice. ¿Vamos a ver? Manuel dormita sobre su vientre plano. Estamos bien aquí, le dice, mirando el vello púbico aún húmedo. Escuchan gritos, balazos, el aire se torna denso y les pican sus ojos. Más balas y el helicóptero como un ave rapiña volando sobre los techos de la población. Se asoman por la ventana y ven a los niños del frente levantando sus pequeños dedos a los militares mientras su abuela se desgarrá llamándolos con los ojos hinchados de terror. Manuel y Valentina ríen pero el sonido de la puerta los paraliza. Escuchan los garabatos del padre de Valentina culpando a los comunistas. Entra tosiendo y chupando un limón. Qué haces con este hueón, le dice a ella. Ándate si no quieres que te mate, le dice a él. El hombre intenta golpear a Valentina, Manuel lo empuja y golpea contra la biblioteca, de la cabeza del padre corre un hilo fino de sangre. Ella grita asustada y echa a empujones a Manuel.

—¿Crees que soy diferente al resto?, pregunta Valentina.

—Lo eres.

—Te pregunto si crees que pertenezco a este lugar... a esta población. Mi papá dice que no soy como todos los de acá.

—Tienes futuro. O al menos tienes posibilidades de un futuro.

—¿Y tú no?



Las piedras rebotan en la carrocería del bus que transporta a los seguidores de Pinochet. Un hombre se refugia tras un kiosko y lanza con furia una piedra que rompe el vidrio trasero del bus. Todos aplauden y bailan de alegría. Manuel camina entre la gente, ayuda a encender una barricada. Mira la pulsera de lana trenzada que Valentina le regaló. Sienta rabia, lanza piedras también sintiendo miedo, pero la rabia es mayor. Del tumulto alguien grita que en uno de los autos va Pinochet. Lanzan piedras a todo lo que se mueve. Se les fue la tarde y echaron a un dictador, el crepúsculo los baña con cálida luz de victoria.

Cae la noche y las cadenas mojadas hacen saltar los transformadores. La oscuridad total permite ver estrellas que nunca nadie había visto brillar. Valentina se acerca a Manuel por la espalda y tira de su chaleco. Es raro verte sola de noche, le dice. Se acostumbraron a verse a ratos a la salida del colegio. Sus colegios quedan cerca, pero Manuel toma micro y a Valentina le pagan un furgón amarillo. Mi papá fue a ver el almacén, venderá con velas, le dice ella. Comienza el rumor de allanamientos y brutalidades, alguien dice que cayó el arma de un escolta de Pinochet cuando la camioneta esquivó una barricada. Cuidate, ándate para la casa, le dice ella. Sí, tranquila, le dice él y se besan frente a todos.



categoría personas mayores

Segundo lugar

TEXTO LITERARIO

Sala de espera

AUTOR

Ricardo Hormazábal Plaza

Sala de espera

Esperan entre los que esperan,
miran sin observar,
todos buscan alivio de algún mal
que el alma nos hace quejar.
De la ilusión... cantan
ríen, solo ríen, sueñan
vuelven a cantar
y vuelven a reír sin saber porqué
sin poder entender
porque aquí están.

¡¡Que buscarán!!
cuál es su dolor,
que felánicamente apretad su corazón,
será solo la forma del amor
que es lo único que alivia el dolor
de sus tribulados corazones.

Rostros que son de mí,
rostros con paisajes de agonía.
Buscando verdes prado,
quizás con quimeras
para poder soñar y así poder
aprender a cantar.



Te busco en las nubes
no encuentro tu rostro angelical
para poder preguntar
¿Dónde te escondes?
bendita sanidad de mi ser
o nunca estuviste, no fuiste o te rendiste,
el hombre desde que es
solo sueña un mundo sin dolor.

Miro tu rostro y muchos rostros
entre ellos, el mío
lleno de preguntas
preguntas doliente, pasillos insolentes
y ¿dónde estás?

Dejad la felonía,
tomad mi mano,
juntos tú y yo y todos
corramos los humos
de nuestros pequeños mundos,
las nubes, los cerros
hasta encontrarte
y desde esa perspectiva,
preguntarte
¿por qué?
de la soledad,
del dolor de tu corazón,
de la pérdida del amor
donde están los sueños,
muéstrame donde los dejaste enterrados,



olvidados, triturados
y tanto y tanto.

Solo vuelvo a preguntar
por una respuesta
que quizás nunca llegará,
desde la blancura de un hospital
y te espero aquí y allá
en pasillos infernales.



categoría adultas y adultos

Tercer lugar

TEXTO LITERARIO

Cuando me dicen se acerca la primavera

AUTOR

Gigliola Monardez Plattner

Cuando me dicen se acerca la primavera

Cuando me dicen se acerca la primavera para muchos es un cambio de estación, para otros se terminan los fríos, comenzarán a florecer los árboles, en mi caso solo es el anuncio de que ya pasamos la mitad del año y comienza la cuenta regresiva. Que nos toca. ¿Cierres de año? ¿Término de año escolar? ¿Licenciatura? ¿Prácticas profesional? ¡¿O peor aún servicio militar?!... Comienza nuestra carrera por terminar de la mejor manera el resto del año con todas las responsabilidades que tenemos como mamá... Acaso alguien solo se detiene a esperar que los días pasen, no creo, no conozco a ninguna mujer que tenga el rol de madre que no corra o termine el día sin quedar con algún pendiente...

Ser mujer para muchos está relacionado con la delicadeza, maternidad, sensualidad y por sobre todo que la primavera es como un renacer de la feminidad, pero hoy en la época actual, ¿hay tiempo para nosotras?, en mi entorno muchas optaron por sus hijos, trabajos y familia... ni pensar en tener un pasatiempo, las horas del día no alcanzan y si tuviéramos alguna hora disponible creo que dormir es el único hobby a practicar, por la crianza que recibimos en nuestra cabeza no está contemplado el pensar en nosotras... somos de la generación del sacrificio, muchas ven la ida al supermercado o ir a la feria como una salida de distracción, a falta de salida al mall están los puestos de ropa americana y ese sentimiento de culpa por comprarnos ropa a menos de \$2.000.

Llegamos al punto de hacer de la culpa algo propio, soy culpable de no tener ganas de trabajar, soy culpable de no alcanzar a cocinar, soy culpable de no alcanzar a limpiar la casa, o no hay algo



peor que sentir culpa por no recoger la ropa del patio, al menos en primavera si queda afuera no se va a mojar por la lluvia. Nos les ha pasado quedarse dormidas encima de la cama y despertar de madrugada porque el cansancio nos venció y nos ponemos felices que aún quedan horas para volver a dormir. Pero acaso eso nos hace malas personas. En nuestra cabeza nos sentimos ser malas madres, crecimos bajo reglas estrictas donde se debían seguir y hacer lo correcto, me pregunto si lo correcto para nosotras o lo correcto para los ojos de los demás, nunca vi un prototipo perfecto de mujer + mamá + trabajadora + dueña de casa en una sola persona. Para mí no fue una opción ser todas esas juntas, solo me tocó...

Muchas veces la soledad es un respiro y el frío del invierno nos congela los pensamientos y podemos hacer un alto, el solo dejar la mirada fija es una forma de parar y analizar lo que hemos hecho con nuestras vidas tristemente definimos como lo que nos tocó en la vida, y nuestra meta es que nuestros hijos sean lo que nosotros no pudimos ser “un profesional”, tener estudios, luego entendí que aparte que ser un profesional para el futuro de ellos lo importante es que sean felices, que valoren a la familia.

Sé que no puedo sentirme deprimida, no está dentro de las tareas del día, ni pensar en rendirme o como dice mi hijo “las mamás no tiran la toalla”... Uno de las cosas más raras que experimente fue la titulación de mi hijo menor, sentí como si me sacara una enorme mochila de la espalda, hice mío ese momento y fue el término de una etapa mía nadie me puede quitar ese sentimiento, me pertenece, creo que se debería instaurar que en todos los títulos de los egresados salga el nombre del titulado junto al nombre de su madre como reconocimiento a nosotras o acaso no somos las gestoras de ese logro, pudo haber faltado tiempo, pero jamás dejamos de lado las responsabilidades del colegio... Creo que es insuficiente el 10 de mayo como único día de las madres, detrás de cada



logro, premio de un niño está una madre que buscó en todos lado esa pelota de plumavit 3.5cm, la famosa tabla periódica, el paquete de greda y que puso tres alarmas para despertarlos en la mañana...

Cuando los hijos terminan la etapa de colegio ocurre algo bien curioso, ya no tengo las reuniones de apoderados, las rifas, el bendito baile escolar y las onces del curso, nunca pensé en extrañar esas cosas, en su minuto las odiaba. Aunque parezca insólito tendré que pensar que hacer con el tiempo que ocupaba en las actividades del colegio, podré al fin terminar el libro que 17 veces empecé y nunca terminé, ¡podré salir tranquila después del trabajo sin pensar en la cartulina o goma Eva que no compre! O mejor aun llegaré a casa a sentarme sin tener que revisar mochilas ni lavar uniformes a mitad de semana. Tendré la posibilidad de elegir con tiempo la ropa que me pondré al día siguiente, ordenar mi cartera y sacar las eternas boletas de más de un año guardadas, el alcohol gel vencido y las mascarillas ya usadas... Creo que será la única forma que aquellas plantas compradas en la feria al fin sean trasplantadas a sus maceteros definitivos y el rincón de cachureos se convierta en un hermoso rincón verde para así poder sentarme junto a ese té que siempre quedó a medio tomar y por fin terminar ese libro.... Serán momentos de poder contemplar el silencio, cerrar los ojos, respirar profundo y sentir ese aire de primavera que me dice que la ropa ya se secó....



categoría personas mayores

Tercer lugar

TEXTO LITERARIO

Donde descansa la luna

AUTOR

Héctor Saravia Reyes

Donde descansa la luna

Hola, este es el comienzo de una nueva de mis historias, las personas que están a punto de conocerla creen en sus propias historias con total devoción, no somos nada sin historias, las historias son algo que parecen ser, pero no son. Pero también pueden ser. Algo que parecen no ser, pero son. Todo depende de tu fantasía de ser niño o ser viejo. Así que los invito a conocer y creer en este ASTRONAUTA 2. Esto sucede en el año 1981.

Les contaré cómo llegué a este lugar, se dio la posibilidad de un trabajo en la zona del valle del Elqui. Se tenía que instalar una red de tendido eléctrico que partía en La Serena desde la subestación llamada Pan de Azúcar, hasta la compañía minera El Indio, este lugar era una mina de cobre que requería un sistema de electricidad más potente por su avance en la explotación de la misma. Había que montar una red de torres de alta tensión por todo el sendero del valle de Elqui hasta llegar a la mina, este era un lugar de difícil acceso, por lo tanto, un trabajo complejo. El valle del Elqui es un lugar que tiene dos montañas de muy hermosos colores. El río Elqui baja desde la cordillera, en una de estas montañas hay un camino que lleva hasta la frontera con Argentina. Antes de cruzar la frontera hacia Argentina, hay un lugar llamado Huanta, un lugar que está a 1220 metros sobre el nivel del mar, es una especie de caserío donde viven pirquineros, arrieros, los jóvenes que viven en este lugar estudian en colegios internados en La Serena, solo llegan en el verano. En este lugar se instaló nuestro campamento.

Este es un lugar desde donde se puede observar y disfrutar de todo el valle y además está cerca del cielo, las estrellas y la luna.



Está limpio el cielo del lugar que en las noches puedes estar muy cerca de las estrellas y tomarlas con tus manos, en el cerro del frente de donde estaba nuestro campamento, pasó que un día nos dimos cuenta que estaba llegando la luna, nos impresionó, ella grande como no se puede ver en ningún otro lugar, de un color amarillo intenso como un gran queso, ahí estaba a metros de nosotros pero difícil de llegar al lugar para estar más cerca, durante un tiempo conversamos cómo podríamos llegar a ella, nos parecía que llegaba a descansar a este lugar del cerro, para luego seguir su viaje. Pensamos en algún momento que ella también quería estar otra vez cerca de nosotros. Un día tomamos la decisión de hacer el intento, no era ni fue fácil llegar a la cumbre donde llegaba a descansar. Teníamos que subir la montaña al menos tres días antes de que ella volviera a mostrarse. Por lo tanto, tuvimos que esperar una fecha de descanso, tener agua y alimentos suficientes para llegar y estar en el lugar. Fue una decisión loca y además irresponsable, igual que la de Calama. Pero llegar y estar ahí nos pareció que sería lo más genial y espectacular del mundo y si lo podíamos lograr, seríamos los únicos que juntos con las cabras del cerro estaríamos en el lugar donde descansa la luna. Subir y llegar a la cima nos llevó una noche y un día entero. Armar las carpas fue de mucha ansiedad para esperar y poder volver a ver de muy cerca la luna, y poder ver que pasaría en este lugar que del frente de donde estábamos ya se veía un lugar muy hermoso, descansar y dormir se hizo eterno, solo quedaba esperar la llegada de la noche siguiente para estar y abrazar nuevamente ahora a la luna entera. Larga espera, el calor no nos quitaba el deseo de estar y esperar, estábamos cerca del cielo y las estrellas, algo que no cualquiera puede contar, al menos esto ya era un logro de nuestra osadía, para volver a ser ASTRONAUTAS.



Nos sentamos de frente por donde siempre aparece, nuevamente el silencio se escucha. No dijimos nada ni una sola palabra salió de nuestras bocas mientras ella empezó a llegar lentamente, estaba ahí al alcance de nuestras manos para tocar y acariciar fue lo único que hicimos, impresionante, hasta que cayó encima de nosotros y se fue más cerca del cielo. Para estar más cerca de sus hijas las estrellas. Nunca había estado así de cerca. Me sentía más astronauta que la vez anterior en Calama. Cuando se alejó de nosotros, nos quedamos jugando con las estrellas que, como dije, son sus hijas, que iluminan cuando ella no está.



Textos literarios concurstantes

categoría adultas y adultos

Al amanecer te llevaré donde tu madre, la madre de tu madre

José Flores Muñoz

En esos años ella cuidaba a su madre, a quien le habían dado sus últimos días de vida producto de un cáncer al estómago. Con sus hermanas hacían duplas rotativas para las noches. Eran cinco por lo que a todas las tocaba dos o tres veces por semanas. Además de los días en los que hacían el bingo a beneficio, venta de sopaipillas, pan o empanadas para costear el gasto de oxígeno, producto de un asma crónico que se le sumaba a su madre al prontuario médico.

Los días que no le tocaba cuidar a su mamá se juntaba por las noches con sus amigas a tomar pantera rosa y jugar canasta, entre cigarros, ases, picas, corazones y diamantes gastados. Con Alex Bueno o alguna banda tropical que acompaña y mantiene encendido el trasnoche. Con los críos en el living entre Mario Bros y Don King Kong. Con los maridos de sus amigas metidos en una mesa de pool, menos el de ella. Ahí se reúne con las señoras del pasaje. Es una más de esas señoras que se ponen en la ventana con el pucho y la luz apagada. Entre el insomnio de una bala loca y a ver quién entra y sale de la casa de su vecina.

Recibió a más de un sobrino en su casa como un hijo, escondiéndolo de algún matón que lo anda buscando para matarlo o ajustar alguna cuenta de plata, droga o amor. Así recibió a uno y otro y otro. Un desfile de primos, algunos se quedaban más tiempo que otros. Algunos regresaron más de una vez. Tenía una casa de rehabilitación o cuidado personal de los familiares delincuentes. En esos años estaba un sobrino, quien compartía pieza con unos



de sus hijos. Lo fueron a dejar porque lo habían pillado robando y había dejado embarazada a la polola de un traficante.

Entre su casa de cuidado y las visitas a su madre se había convertido en una cuidadora profesional. Mientras sus hijos los días que no estaba regresaban ebrios a la casa. Su esposo no llegaba hasta el otro día, y si ella estaba dos días fuera, dos días podía desaparecer. El primo se metía por las noches a la cama de su hijo chico.

Cuando él le contó. Solo dijo. No hay que dejar al primo chico con el primo grande solo, luego de veinte años.



Cenizas

Katherinne Velásquez Céspedes

Cumplimos otra primavera juntas, he vivido toda mi vida aquí, pero me he sentido de otro lugar siempre, casi que soy de todos los lugares y de ninguno a la vez.

Cada espacio, cada rincón, todo se convierte en una esfera y es ahí dónde me veo flotando en un espacio, llena de lágrimas en las mejillas y secándomelas esbozando una sonrisa de pura alegría, para mí, queda mucho tiempo aún, en el que tengo que digerir todos estos cambios, yo siento que ya no estamos juntas hace mucho, pero no es así, quizás te vas a olvidar de todos los recuerdos, pero yo no... ¿Qué hubiese pasado si nada de esto hubiese pasado?, ¿cómo sería yo?, ¿mi cara y mi cuerpo serían los mismos?, ¿mis pensamientos y mis palabras serían de otra realidad?

Los muros son los testigos de mucha violencia, cada discusión está impregnada de ella y la puedo leer en las paredes...

Fui una cobarde muchas veces y jamás enfrente mi realidad, la veía en mis narices pasar y sólo asentía sin cesar.

Odié, amé, sufrí, lloré, reí, grité, jamás me fui, queriendo siempre no estar ahí, reprimida, me lamenté, me herí, me hirieron, no sané y seguí...

Tu frialdad me cobijó, tu silencio me escuchó, tu indiferencia me identificó...

Me protegiste sin quererlo, la inercia de tus muros de ladrillos fríos me daban la espalda, pero no me importaba, yo solo ahí estaba, no hubo calor de hogar, no hubo un hola, ¿cómo estás?, al mirarme al espejo era cuando con alguien podía hablar...



En las mañanas frías no había agua caliente, no me lavaba la cara, ni los dientes, era un otoño triste, pero mi única alegría era ver a los perritos en la calle que sentía que me sonreían... ellos también necesitaban lo mismo que yo... AMOR... CONTENCIÓN...

En tu silencio, mi vacío lo llené de hermosos pensamientos... yo estaba débil por dentro, pero me daba de alguna forma aliento...

Me hubiese gustado vivir en el sur, en Tierra del Fuego en medio de nuestros ancestros Selk'nam, me hubiese gustado aprender a recolectar moluscos, a cazar peces, a navegar en canoas y hacer rituales, caminar descalza por el frío sur chileno o quizás no chileno sino que tierra fueguino ya que esto no se llamaba Chile en aquellos tiempos...

Quizás fui un error, fui aquella que toda la vida estará hecha para ir en contra de la corriente, pero yo soy agua que va hacia todas las direcciones, soy viento que desprende de sus árboles todas las hojas, soy tierra que transforma el abono en alimento para un sin fin de microorganismos, soy la biodiversidad que no tiene nombre, me hubiese gustado ser una partícula, una pelusa, un polen, un pigmento, para recorrer el mundo entero y ser parte de todo lo incierto...

No puedo agradecer la herida que tengo, quiero disiparme en el viento, son las 10:00 hrs. o las 17:00 hrs. en este momento, pero la atemporalidad es mi sustento, llévame lejos a los ríos y mares más violentos, quiero ser el último fuego que calentó a los ancestros, soy Kawésqar y de allá vengo, soy cenizas que nunca llegaron a ningún puerto...



Chris

Andrea Briones Salinas

Llegó a nuestro curso un día miércoles, los jueves no viene a clases, los lunes llega con sueño, los viernes ríe en la sala de psicomotricidad, los miércoles a veces llora por el gran ruido cuando cantamos en música.

Aunque no habla, todos sabemos que su fruta preferida es la sandía, su color favorito es el azul, le encanta y se divierte dibujando, su superhéroe favorito es superman, tiene 8 gatos y su animal preferido es el elefante. Adora comer jalea de frambuesa y tomar juguito de naranja. No habla pero conocemos todo acerca de sus gustos y preferencias.

Es alegre y es feliz cuando corre y dibuja, no le gusta la palabra: NO y tratamos de no decirla en la sala.

Un día los niños y niñas dijeron que su color de pelo era como las hojas en invierno, y se preguntaban ¿por qué su pelo era de ese color? Era para algunos primera vez en su vida que veían ese color de pelo: algunos decían que se parecía al color de la zanahoria, que era como el color de un quesito que alguien había comido el fin de semana, que era como el color de una mamá cangrejo, que era el color de un casco minero, que era como el color de una mandarina dulce, que era como el color de las flores de la casa de una abuelita. O como un zapallo de halloween.

Además decían los niños y niñas que su carita era la carita de un pingüino con frío, que es buen amigo y amable con sus amigos en el recreo. Que sus manos son pequeñas y siempre frías. Todos lo ayudan cuando se les caen sus lápices al suelo.



Su letra preferida es la w mayúscula, porque con esa letra se escribe Walt Disney. Escribe todo lo que quiere hablar, imaginar, soñar.

Hoy los niños preguntan por qué ha cambiado, ya no juega en la sala, se duerme a veces. No quiere comer jalea. Solamente mira a la nueva compañera: Sherazade, y todos llegamos a la conclusión que: “Está enamorado”.

En nuestra escuela es muy famoso, todos lo tratan con cariño y paciencia. Al comienzo de año los niños y niñas pensaban que no era capaz de escuchar y que no podía aprender.....

¡Se equivocaron! Dijo un día un compañero gritando, Cris es capaz de muchas cosas, solamente es diferente y es fenomenal. Lo único que necesitamos es tiempo para leerle los labios. Y tiempo tenemos de sobra.



Cómo percibo el mundo

Katherinne Velásquez Céspedes

No sé si fue un castigo haber nacido en la ciudad o un privilegio, pero ha sido duro, como el cemento, que a la vez piso y siento que me hundo lentamente en su pobreza de justicia, en las almas nobles llenas de ignorancia, la ciudad es una bomba que te abraza y no quiere que te vayas, ¿Pero hacia dónde me voy a ir? Al campo por ejemplo, sería bonito, siempre lo he soñado, me gustan los chanchos y mi sueño es criar uno y amarlo por siempre... ¿me querrá a mí? ¿Querrá que yo lo ame? Jamás nos cuestionamos si otro ser quiera realmente ser amado o ¿sabrán los chanchitos que siempre al nacer se irán al matadero? Yo siento que esta hermosa y maravillosa humanidad ha llegado de una forma bestial a la deshumanización, ya somos una sociedad animal, sólo quiere acechar a sus presas y comérselas vivas, no hay respeto, esa palabra se prostituyó en el tiempo, ¿cuál es el tiempo? no hay discernimiento, sólo cabezas azotadas en el pavimento, el aire puro es rico en cianuro, la niebla tóxica y su infección nos proporcionan abundantes nutrientes, cómo la propagación de los virus, dióxido de azufre, monóxido de carbono y gases de efecto invernadero, todos ricos y saludables para vivir una vida mejor y así seguir alerta en esa meta incierta, como los ratones en su rueda eterna.

Todo el mundo se ha convertido en seres indescriptibles, el amoroso y cálido abrazo lo puedes encontrar en la pantalla de tu celular, un click y ya está todo listo y dispuesto, toda la verdad está definida y no hay otra, nadie se cuestiona nada, pero no importa, si



es está bien, seamos felices con nuestras relaciones sin tacto, nuestras conexiones vacías con la pantalla si nos llenan de me gusta y eso a ti te gusta, está súper bien...

Las aves migran hacia otro lugar, ellas ya se comieron todas las semillas que pudieron encontrar, cosecharon sin saber lo que podían algún día disfrutar, ¿tú sabías que las aves pueden predecir el tiempo climático? Son como radares que pueden detectar un huracán, un aluvión, los vientos más voraces que te puedas jamás imaginar, ellas los pueden detectar a cientos de km y vuelan lejos para su resguardo ¿cómo lo saben? Me gustaría preguntarles cuando me convierta en ave, ese es el pacto que hice el otro día; ¿te conté que un pajarito me habló? me dijo que debía darle agua sin gas todos los días y semillas pequeñas para toda su bandada, tenemos una amistad y le puse Kokoi, porque su canto es así Kokoi, kokoi (cantando) me dijo que les dirá a su comunidad pajarística que me den el don de volar, cuando yo llegue a la eternidad... ¿pero no sé si quiero ser eterna? ¿Por qué? Creo que debo morir y quiero vivir la muerte o será que ya estamos todos muertos aquí y nadie ha dicho nada, ¿oye tú, sí tú, el que está ahí con cara de... me está hablando a mí? ¿Tú sabes si estás muerto? O ¿te sientes vivo?

¿Te gusta el mar? ¿sabes nadar? Yo a veces me convierto en ballena porque cuando nado hasta el fondo del mar los cetáceos me muestran la realidad de sus océanos y es realmente un paraíso intoxicado de plásticos como bolsas, botellas de bebida, envases de comida, utensilios, juguetes y un millar de desechos más como metal, madera, vidrio... es abrumador y ni hablar de la cantidad de mascarillas que todos usamos, que se siguen usando y las desechamos y van a parar al mar ¿quiénes somos realmente? No sé si quiero seguir convirtiéndome en una ballena, no sé si quiero que me rajen la piel todas estas cosas horribles que están en el fondo



del mar... que me aprieten del cuello y me estrangulen a un punto de dejar de respirar o esas mallas gigantes que arrasan con todo y mutilan a cualquier ser, la sangre baila en el vaivén de las olas, cada lobo marino ha perdido una de sus crías por no saber cómo desentredarlas y mueren estrangulados, ahorcados ¿y la orca sabrá que también puede morir ahorcada?



De cómo cuando empecé a amarme

Nicole Valdivia Lillo

Esto fue así como un salto al vacío, sin enterarme estaba saltando a la nada y en el momento que me di cuenta sentí miedo, pena, vacío, no me gustó, dolió y me sentía desesperada, en pocas palabras “toqué fondo” esa frase que todo hemos escuchado alguna vez, que es para personas perdidas que deben cambiar (como personas alcohólicas, drogadictas, desenfrenadas, controladoras, mentirosas, ladronas, como que viven en un extremo de la vida, que viven la vida distinta o al mil, disfrutando y odiando todo a la vez, en esa dualidad de lo bueno y lo malo, en ese concepto tan arraigado en nuestras mentes, en nuestra sociedad).

Yo estaba en este salto al vacío que a decir verdad, no me daba cuenta que lo estaba experimentando, vivía triste, sin muchas ganas al despertar, quizá me dio algún grado de depresión, pero ese sentimiento de profunda tristeza pasó rápido; diría que el proceso y el del inicio del salto duró aproximadamente 1 año y, pasó... porque ¡¡¡oye!!! Todo pasa, nada es permanente, todo cambia es parte de la vida y a cada uno de nosotros nos toca aceptar sin juicio, sin culpar a nadie, porque nadie es culpable de las cosas que te pasen, excepto TÚ, así que así fue como di el salto, acepté, acepté y acepté desde los sentimientos más poderosos que existen: amor y gratitud, amé cada instante y agradecí por todo, lo bueno, lo malo, lo que no resultó, lo que no salió como yo quería, TODO absolutamente todo como se presentó en mi vida, decidí no estar más pegada a ese interminable diálogo en mi mente encadenado al pasado preguntándome una y otra vez ¿Por qué? Y



concentrarme en el presente ¿cómo se hace? Muy fácil, respira y pon toda tu atención en respirar, aprende a respirar porque hasta eso me di cuenta que hacemos mal.

Bueno, después de eso comenzó mi travesía de conocerme, estoy haciendo un viaje que ahora me tiene en una escala esperando el próximo avión, donde en cada embarque entró a la dimensión más escondida de mí, la que no quiero ver o la que no quiero escuchar, la que me hago la loca o esa donde no quiero hacerme cargo o esa que me culpo, esa parte mía que omito, pero estoy decidida a sentarme en el asiento y mirarme lúcida de frente a observarme, atenderme, escucharme, regalónearme y ser tierna conmigo misma, a confiar en mi cuerpo, en mi poder sanador, a identificar cada espacio dentro de mí, que no escuché por mucho tiempo, pero por sobre todo a AMARME. Y ahora me toca subir al avión para seguir agradeciendo cada momento de mi vida, cada bendición que tengo al abrir los ojos y regocijarme en mí, en lo que yo soy, en la conexión perfecta que tengo con mi YO porque ahí vive y siempre ha vivido esa luz y me acompañará hasta el infinito de mi recorrido en este y otros planos de mi vida. Y debo decir que soy enormemente feliz y agradecida llena de dicha y plenitud al empezar a conocerme, aceptarme tal como soy y amarme al 101%.

Así que si quieres comenzar a amarte y todo lo que conlleva eso; como perdonarse, como abrir tu mente, expandir tu conciencia, etc y etc... te invito a que respires y des el salto cuántico, te invito a tocar fondo... porque después de la tormenta siempre sale el sol (que frase más cliché, pero ¡es cierta!) y eso somos, somos LUZ, ENERGÍA, AMOR EN TODA SU EXPRESIÓN. He de mencionar que este proceso al salto es tan personal, que no podemos esperar que sea semejante al de ningún otro, se viven y experimentan muchas situaciones y emociones que nos dejan siempre una enseñanza, no esperemos nada, solo observemos el proceso aceptando



todo, tal y como es y ten cuidado que el ego siempre se hace una expectativa pero sé firme y recuerda que la realidad es distinta a cada persona y siempre será mejor, confía en ti y en tu proceso de la vida.

Nadie busca lo que no conoce. Todos los seres humanos buscamos ser felices y es porque conocemos esa dicha, ese gozo en el espíritu y en el alma, perdemos el tiempo buscándolo en lo externo eso solo nos traerá felicidad en trocitos, cortos periodos o momentos cuando la verdadera felicidad duerme en nosotros, cada día podemos ser felices. La verdadera felicidad viene de adentro no de afuera.

Con sincero amor los abrazo a cada uno de ustedes que leyó este pedazo de mi vida llamado “De como cuando comencé a amarme” y que la bendición de Dios Padre Creador, Universo, Energía, Luz, Fuente de toda Creación, como lo llames... te guíe en tu evolución.



Destello

Manuel Hueniqueo Vidal

Revisaba algunas fotos viejas de mi padre, casi todas imágenes en blanco y negro de él en trajes oscuros y con sombreros con el ala ladeada hacia la derecha, muy al estilo de Humphrey Bogart en Casablanca, también estaba mi madre sonriendo a la cámara con sus vestidos floreados y vaporosos. En menor medida aparecía yo, con uniforme escolar o vestido de huaso o con mi sonrisa desdentada de los 5 o 6 años, mis fotos eran más bien ochenteras. Todas contaban una historia, la historia de una época que me parece tan lejana ahora, como lo fue mi niñez o la etapa previa a mi nacimiento. Una época sin colores, con dictadura y grandes oportunidades para ser pobre o morir. Pareciera que Chile siempre ha sido así: gris, miserable y violento. Pareciera que Chile lo seguirá siendo.

Caminé por la casa a oscuras. A través del enorme y sucio ventanal se podía apreciar la insinuación de la lluvia venidera sobre la costa. El mar se movía inquieto, como si fuera un monstruo inmenso que a la distancia se percata de tu presencia y se acerca sigiloso considerándote una presa. El viento silbaba por entre las latas del techo. En uno de los sillones raídos vi una sombra rara, era un gato enorme que dormía —o fingía dormir— sin reparar en mí, sin importarle mucho mi presencia. Me acerqué, me vio, encendí mi linterna y me di cuenta de que era muy viejo, tenía cicatrices en la cara y las puntas de las orejas cortadas. Por algún resquicio de una ventana rota debe entrar, pensé. Era el único habitante de esa casa abandonada. Me dijeron que debía desocuparla hacía varios años atrás, pero comenzó la cuarentena,



luego el desabastecimiento, la restricción de desplazamiento y los saqueos. Los muertos por las calles. De alguna manera me había librado de cualquier forma de contagio, era inmune, o tenía mucha suerte, no lo sé.

Me senté un momento en el sillón junto al gato, miré la playa y me puse a recordar todas aquellas veces que vine a esta casa a acompañar a mi viejo en las vacaciones, cuando todavía era joven y el mar me producía una tremenda emoción, casi igual a la que siento ahora. También la recordaba a ella, con sus trajes de baño diminutos y su blanca piel que se enrojecía por el sol. Los paseos por la playa, los atardeceres infinitos, el viento frío en invierno, los años malos y la peste.

Yo estaba viejo y solo, y creo que por eso me dedicaba a recordar tanto, mi principal temor se había vuelto realidad. El día cada vez estaba más oscuro. Nadie se veía por la playa ni en las calles adyacentes, hacía tiempo que todo se había ido a la mierda, después de la llegada del virus las grandes potencias colapsaron una a una, y posteriormente a la gran guerra, la superficie del planeta no volvió a ser segura.

Miré otra vez las fotos de mis padres, las de mi bautizo, en todas había caras sonrientes, los invitados con ropas setenteras y pelo largo. Mi viejo con su clásico bigote grueso, pero en ese entonces negro, yo en los brazos de mi madre y ella con un vestido cuadrillé ajustado en la cintura y los labios pintados de un rojo muy intenso. De pronto un rayo atravesó las oscuras nubes, la casa se inundó de luz, por un segundo vi el contorno de las cosas que había dentro, a mi alrededor. El gato se estremeció un poco. Pronto caería la noche, y sería mejor no estar en el exterior cuando eso ocurriera, había un refugio a unos 3 kilómetros a pie desde donde estaba. Ciertamente, la casa me podía servir para pasar la noche,



pero con la oscuridad aparecían los infectados, o el despojo de ellos, de lo que alguna vez fueron.

Por un instante vino a mí el recuerdo de esos años precarios rodeados de miseria, cuando era chico y esperábamos con mi vieja a que se levantara la feria para rebuscar entre las verduras desechadas algo que nos pudiera servir para comer. A pesar de todo, añoraba la feria y todos sus colores y olores, los chistes de los feriantes, la fruta, los cachureos, los objetos descompuestos como los viejos relojes a cuerda rotos que tanto me fascinaban. El sol tibio del otoño y las calles con hojas secas que crujían al caminar sobre ellas. Estas imágenes parecían los recuerdos de la vida de un personaje ficticio, una historia inventada escrita en un libro viejo y olvidado. De repente, se escucha el sonido de una explosión, el ventanal se ilumina con un resplandor que desaparece de a poco tras un cerro. Ya empezó, pensé. Era el momento justo para partir, y aunque la lluvia ahuyentaba a los infectados, yo no quería mojar-me. De pronto otra explosión muy cerca de la primera. A lo lejos las voces de gente que grita y los perros que ladran y el cielo negro y el mar muerto. Me puse el abrigo, me coloqué la bufanda sobre mi boca y nariz, las antiparras, los mitones y mi desteñido gorro de lana que alguna vez fue negro. Me acomodé el machete en el cinturón y metí el álbum de fotos en mi mochila. Le hice cariño al gato en el lomo, éste se erizó un poco, y fue ahí cuando regresó de nuevo tu recuerdo en una de nuestras visitas a esta casa, tú desnuda sobre el sillón donde reposaba el gato ahora, y yo paralizado por la luz pálida que desprendía tu piel. Recordé el instante, pero no tu rostro ni el brillo de tus ojos, porque los años te han desvanecido de mi mente que cada día retiene menos, sin embargo, recuerdo bien ese día, el sabor de tu boca, el olor de tu sudor. Cierro los ojos para sumergirme en esa sensación, para sentir el calor de la sangre en las venas, para despedirme de ti, por fin.



La tormenta cae rabiosa, como si el recuerdo de aquella felicidad lejana fuera una afrenta al estado inalterable de las cosas.

Me acomodo la mochila en la espalda y salgo a la calle casi en penumbras. Miro por última vez el interior de la casa, me parece ver el resplandor de la mirada del gato, brilla como si fuera el último destello de ese día moribundo.



Ella

María González Aedo

Ella quería ser libre, pero no con esa libertad que nace de la
| soledad.
Ella quería ser libre así como un pensamiento que va donde
| quiere y que vuelve cuando menos se espera. Pero ella llevaba
| cadenas, de esas que nacen con los años, de esas que no
| se ven pero que están siempre presente.
Ella quería ser bella, pero no de cuerpo ni alma porque eso es algo
| muy insignificante cuando no se es libre,
| como ella quería.
Ella tejió sus sueños con telarañas y se esfumaron con
| la brisa del verano.
Ella sonrió y vivió como muchos lo hacemos soñando.
Y fue así que con sus sueños llegó donde nadie nunca supo,
| donde nadie nunca podrá ir.
Porque ella fue libre cada día cuando tejía y sin saberlo
| sus raíces llegaron más allá de lo que ella misma imagino.
Ella fue libre pero nunca lo supo, porque vivió esperando que
| esa libertad la abrazara y la llevara más alla del presente.
Ella vivió anhelando algo que siempre estuvo en ella, pero que
| nunca disfrutó por estar soñando.
Ahora vuela libre en el cielo, porque ella se fue y me dejó aquí
| soñando y tejiendo sueños de cosas
| que tengo pero que aun no veo.



Quizás yo también me pierdo el disfrutar lo que tanto sueño
| por estar aquí pensando lo que
| ella quería y que tanto tenía.
Ahora el tiempo pasa y yo lo veo pasar, como un día la vi
| a ella caminar sin parar a disfrutar.
Ella me enseñó que debo dejar atrás lo que no ayuda avanzar,
| pero como la olvido a ella si fue la que
| me enseñó todo lo que tengo y más.



El silencio de Ema

Victoria Bello Villablanca

Son las 7 de la mañana, Alicia se está duchando para partir rumbo a su trabajo en el otro extremo de la ciudad. Se pondrá el traje casual que tan bien le sienta y con el cual se siente realmente cómoda. Al fondo de la antigua casa, herencia de sus padres, y en un dormitorio lleno de recuerdos, duerme su adolescente hija Ema, la que se levanta rápidamente cuando siente el despertador. Alicia, al terminar de ducharse con un último chorro de agua fría, —para despertar mejor como se dice a sí misma— se viste rápidamente y besa a su hija Ema que todavía está adormilada. La besó cálidamente en la mejilla rosada y calentita, característica tan conocida por todos. Es un beso lleno de amor y buenos presagios para un largo día, puesto que no se verán hasta la noche, cuando regrese de su trabajo. Ema le sonrío y el mundo se ilumina entre las dos en una secreta complicidad que comparten en el territorio de la alegría.

Después que ve a Ema tomar el bus escolar, Alicia siente que aquella mañana está más tibia de lo habitual. Para ella, significa que se acerca la primavera, su estación favorita, porque ya no hace tanto frío y es posible quitarse un poco la ropa gruesa. Le parece que el sol ilumina mucho más, y los árboles del barrio así como las plantas se visten con variopintos colores, caprichosas formas y aromas diversos; esta imagen la acompañará hasta que regrese a casa, ya oscureciendo.

Cuando le toca un turno largo en el servicio de salud, —de esos que se ve obligada a cumplir— a las 7 de la mañana, llama a



Ema para que se levante, desayune y revise los materiales que debe llevar a la escuela. Reconoce que a Ema le cuesta un poco levantarse, que desde pequeña le gustaba tomar su peluche e irse a dormir acurrucada entre sus padres, cuando aún Horacio formaba parte de sus vidas. Aparte de ello, Alicia considera que su hija Ema es una adolescente bastante responsable, que ha tenido que tomar importantes y urgentes decisiones como cuando ella no se encuentra en casa, como aquella vez que socorrió a la vecina anciana que se había caído, llamando rápidamente a la ambulancia. Alicia la describe como una jovencita de personalidad extrovertida, muy buena para conversar, alegre, buena y leal amiga, de contextura delgada y piel muy blanca.

Aquella agradable tarde, con un viento fresco y una temperatura de 22 grados Celsius, Alicia recibe una inesperada llamada de la profesora jefe del curso de Ema. Presintió que algo no estaba bien, ya que es ese tipo de llamadas que una mamá no quiere recibir. La profesora le dijo que Ema estaba en la enfermería, que no se sentía muy bien y que la fuera a retirar. Alicia pidió permiso en el trabajo y fue a buscarla. En el camino iba muy preocupada pensando en mil cosas, al llegar la encontró tomando un té de manzanilla que le había preparado la señora Herminia, antigua funcionaria del estableciendo que había cumplido mil funciones y hoy estaba a cargo de la enfermería. Conocía a Ema de cuando su padre la llevaba al colegio, sintiendo por ella un gran afecto. Ema no quiso decir una sola palabra a su madre que se notaba visiblemente preocupada, la profesora le dijo que era la tercera vez que pasaba por esta situación. ¡QUEEE! dijo Alicia muy sorprendida.

En esta tarde casi primaveral no pudieron apreciar todo su esplendor, quedaban atrás los días grises y fríos de invierno. Una vez en casa, Alicia trató de conversar con Ema, pero ella se encerró en su habitación, sin mencionar nada acerca de lo ocurrido. Al



día siguiente muy temprano Alicia habló con su jefa para quedarse toda una semana en casa con su hija. No hubo mayores problemas al respecto, puesto que pidió usar sus días de vacaciones acumuladas, percatándose que era el momento ideal para tomarlos.

Ema, la niña risueña y extrovertida, estaba muy callada y triste, su mamá trató de hablar con alguna de sus amigas, pero no obtuvo respuesta satisfactoria, por lo que la llevó a una psicóloga recomendada por una compañera de trabajo. Sin embargo, la jovencita no quiso decir ni una sola palabra, comía poco, pasaba encerrada en su dormitorio, leyendo, viendo sus series favoritas, pintándose las uñas y escribiendo en su diario de vida. Alicia la animaba a que saliera a comprar el pan, tomar un helado o visitar a alguna de sus amigas “puesto que las tardes son tan bonitas” le decía. Ema respondía que no quería hacer nada.

Cierto día, Ema le dijo a su madre: “a ti te encanta la primavera, pero yo la odio, y además, estoy con alergia”. Mamá, ¿me compras una pomada, por favor”. Ese momento de apertura de Ema generó esperanzas en Alicia porque presentía que se abría una puerta para saber lo que verdaderamente le ocurría a su amada hija. En efecto, tenía una desagradable y molesta alergia, pero intuía que ese no era el real problema de Ema.

Ya cuando el invierno hizo su maleta llena de lluvia, viento y frío, y se fue a un largo viaje, un 21 de septiembre, llegó la primavera, con su tibieza y luz cálida, vestida de muchos colores, con el revoloteo de las mariposas que traían mensajes de esperanza e ilusión. Había una percepción de algo nuevo en el ambiente que invitaba a vivir la vida de un modo renovado. Alicia necesitaba resolver el problema, y aunque pensaba que la primavera y adolescencia no eran compatibles, por lo menos en la vida de su hija, quería encontrar la forma de ayudar a Ema.



Se acabaron los días en que madre e hija estuvieron en casa “regaloneando”, Alicia debió volver a trabajar y Ema al colegio, con la tarea pendiente acerca de qué le ocurría a su hija. Es allí, donde intervino el señor del tiempo con su sabiduría, paciencia y sencillez, facilitando ciertas instancias para que la madre se reconectara con su hija y la liberara de sus preocupaciones. Una tarde, mientras Ema estaba recostada en su cama, miraba con expresión muy triste y nostálgica una foto, mientras una lágrima caía por su pálido rostro. Era una foto de su amigo perruno, que había perdido en la primavera anterior. Era su amigo peludo, su perrito, llamado Dolby, que había muerto de viejo, con el cual vivió y compartió muchos momentos de gran felicidad; era su amigo y compañero fiel, dormían juntos y se entendían en un lenguaje de señas, risas y ladridos. Cuando la niña llegaba del colegio, se lanzaba sobre ella lleno de eufórica alegría y le movía la cola como signo de felicidad. Ema no quiso contarle a su madre, porque ella le había dicho que jamás volverían a tener otra mascota porque, así como dan muchas alegrías, también se sufre mucho cuando mueren, sentenciaba alzando el dedo como la abuela materna.

Un mes después, una tarde que Ema volvía a su casa, mientras caminaba por la plaza pequeña que está al centro del barrio vio a lo lejos, un perro casi en los huesos que mordisqueaba un hueso, ¡tan raquítico estaba, que se le notaban las costillas! Era un quiltro de color negro con las 4 patas de color café, estatura pequeña, de aproximadamente dos años, el cual le provocó mucha ternura y lástima. Lo siguió viendo, desde lejos, por dos semanas más, casi en secreto, donde parecía que la plaza era el hogar del can, porque lo veía durmiendo, jugando con otros perros y mordiendo otro hueso que le habían obsequiado los dueños de la carnicería de don Benito o ganado en alguna pelea. Hasta que un brillante día, Ema decidió dejarle comida, que era parte de su colación. El



perro la miró con una mirada de agradecimiento para, posteriormente devorarse la comida y mover enérgicamente su debilucha cola peluda y blanca de tierra. Ema decidió acariciarlo, a pesar de recordarse de los posibles contagios de enfermedades que le repetía incansablemente su madre, y así estuvo mucho rato, sentada en el suelo jugando con su nuevo amigo.

Alicia estaba preocupada que su hija aún no regresara de la escuela, por lo que salió a buscarla al paradero, al pasar bordeando la plaza, tuvo que mirar dos veces, para que sus ojos confirmaran lo que estaban viendo, por primera vez veía a su hija sonreír después de mucho tiempo, volvió a la casa dudosa, ¿Qué hago? Se decía, tomó el celular y decidió llamar a una amiga Ana para contarle lo sucedido. Su amiga respondió: “Deja que Ema adopte ese perro, tal vez es eso lo que le hace falta”. Alicia pensó que ese era un tema superado, al menos para ella, pero las circunstancias indican que no.

Así transcurrieron las horas primaverales, Alicia ya sabía por qué Ema se demoraba en llegar a casa. Un buen día, Ema llegó a su casa con el perro en sus brazos, Alicia al ver esa carita llena de felicidad y a la vez de duda en su hija, le dijo que sí, que podía adoptarlo. La niña estaba dichosa, abrazó a su madre, le dio muchos besos, claro que sin soltar al perro. Corrió a darle comida y agua, bañarlo, perfumarlo, le hizo una cama en su dormitorio, Dolby II (así llamó a su nuevo amigo peludo), le agradecía con unos ojos llenos de amor hacia su nueva amiga humana y poco a poco fue cambiando los espacios de tristeza y silencio en la vida de Ema.

Para cambiar un poco de aire, madre e hija decidieron pasar el fin de semana en la playa con el nuevo integrante, Alicia sentada en la arena tomando un café, veía a través de sus ojos café claro, como Ema y Dolby II jugaban a la orilla del mar, en un colorido atardecer, mientras el sol se preparaba a despedirse allá a lo lejos



donde parece que la tierra se acaba. Así poco a poco, comenzó una increíble amistad, llena de pelos, cariños, lealtad, juegos, y por sobre todo amor. El corazón de Ema comenzaba a florecer, sanar y llenarse de vida nuevamente.

Ambas, madre e hija, aprendieron la simple y profunda lección de que, a través de la confianza y el diálogo, es posible solucionar los problemas que parecen gigantescos y volver a ser felices. Claro, desde el propio escenario en que cada uno representa su rol, debemos conocernos para comprender al otro, entender sus propias batallas y apoyarnos mejor. La vida nos enseña a ser flexibles y buscar lo mejor para cada uno y para los demás.

Fin



El sueño que más anhelo

Oriana González

Anoche soñé contigo, solté sin más en la llamada y sin esperar respuesta continué. Soñé maravillosas postales todas que queríamos visitar, soñé con nuestro gato y recordé que ya no está con nosotros, soñé con nuestra casa, la que planeamos construir. Soñé con nuestros hijos aquellos que dijimos que tendríamos y recordé nuestro matrimonio. Soñé que estábamos en París, ese lugar que soñábamos con visitar y me propuse ir el próximo año. Soñé con nuestros planes, aquellos que quedaron inconclusos y soñé con la canción que compusiste para mí. Te vi, hermoso y perfecto, tal y como el último día que te vi con tu guitarra sonando perfecta y cada nota acompañaba el compás de mi baile. Soñé con el mar y recordé tus ojos, tan azules y cristalinos que podías ver a través de ellos. Soñé con mi vestido rojo, el que solía gustarte, ese que me regalaste en nuestro aniversario y soñé con tu voz, esa que me volvía loca, la misma que se apago en mis brazos el día de tu muerte y comencé a extrañarte una vez más en nuestra habitación, reprimí mi llanto porque aún corría la llamada, esa que no será contestada y que a pesar de eso sigo llamando con la esperanza de contestes. Te oigo a lo lejos, una respiración y supe que aun sigo soñando contigo, te oí más fuerte pero esta vez al costado de mi cama. Susurré aún no es hora y con un nudo en la garganta y corazón en la mano te vi alejarte una vez mas de mí. Aún no es hora, pero aún sigo soñando contigo.



El nuevo vecino

Erna Concha Parra

En una comuna al límite de la gran capital, la que hace muchos años formaba parte del territorio Barrancas y hoy lleva su nombre por el pequeño cerro que la adorna, encontramos “la pobla”, esa que vemos multiplicada en cada periferia de esta larga y angosta faja de tierra, un lugar de gente sencilla y trabajadora, que ha hecho su vida en el barrio, allí donde todos se conocen, se ayudan en las malas y peores, y en las que se han ido traspasando los afectos generación tras generación.

Las y los jóvenes reunidos en la pequeña plaza, lugar de encuentro donde se han tejido amistades e historias, algunas que trascienden para toda la vida, los afectos que se forjan al calor de una conversa, de la pichanga, de canturreos a los sones de una guitarra, de compartir un cigarro o una cerveza de la más barata, ya que las monedas siempre son escasas...

Hace unas semanas que José frecuenta la pobla, se deja ver deambulando por las picadas del sector para conseguir un trago y ha hecho de la pequeña plaza uno de sus lugares favoritos para descansar al final del día, cuando el alcohol ha surtido el efecto de apagar la memoria y hacer que las penas ya no duelan.

Chepe, como se le escucha llamar en la calle, tiene cerca de 50 años, pero los dolores de la vida lo hacen ver mucho mayor, pelo negro rizado y ojos color marrón, con los cuales evita mirar de frente, tal vez para no dejar al descubierto la tristeza que carga desde que una cruel enfermedad apagó la luz de Isabel, su esposa y



gran amor desde los años de escuela. Se rumorea que tiene 2 hijos, ninguno lo visita.

Como de costumbre, ese día bebió lo que pudo con las monedas que logró juntar pidiendo a las vecinas, que cuando pueden también le regalan un pancito para engañar la tripa, y al caer la noche, volvió a cerrar los ojos sobre el banco de cemento que lo cobijaba en la pequeña plaza.

Los rayos del sol iluminan los juegos infantiles, formados por columpios con asientos de madera pintada azul oscuro, con protección de reja para asegurar que no se caigan los más pequeños, algunos resbalines metálicos gastados y oxidados en los bordes, por la cantidad de años que tienen y las historias que guardan. Desde la altura del viejo resbalín, se puede ver el banco de cemento donde José duerme plácidamente, entre cajas de vino y colillas de cigarro, pero rodeado de árboles altos y frondosos que regalan sus sombras a Chepe, y a los vecinos que se reúnen los días domingos en torno a una conversa, para escapar del calor seco de la selva de cemento.

La luz del día caía sobre la silueta de este hombre, dejando al descubierto el rostro ajado y marcado con una pequeña cicatriz en el pómulo derecho, que le dejó alguna de las caídas que al otro día no recuerda. Su ropa manchada y oliente a humo, la cubría con un largo abrigo café, que, a pesar de tener el forro descocido, protegía todo su delgado cuerpo del frío de las madrugadas.

José dormía profundamente en el banco de la plaza entonces vacía, cuando sintió un baño húmedo por la cara que lo despertó abruptamente, se incorporó rápido...

¡Ah, eres tú! Susurró sonriente mirando al peludo perro café que le había dado un lengüetazo, para luego acurrucarse entre las patas que acariciaban sus hombros cansados. Miró a su alrededor, “la plaza está sola como yo”, murmuró entre dientes, sacudió su



abrigo, lo echó a su espalda y emprendió viaje en busca del primer trago del día.

Como cada jornada, no tenía mucho que hacer, caminó sin rumbo fijo, mientras el peludo perro café se desplazaba a su lado. Sorprendido de ya no encontrarse divagando solitario exclamó ¡Vamos, amigo! Y el perro respondió moviendo su cola.

—Así te llamaré, amigo.

Desde ese momento Chepe nunca más fue visto solo, y las vecinas acompañaban el pancito que le regalaban al nuevo vecino, con algún hueso que alimentara a su fiel amigo.

Ese día José despertó más temprano que de costumbre, por lo que, a media tarde ya sumido en su borrachera, buscó un lugar donde descansar. La pequeña plaza se encontraba lejos y sus pasos tambaleantes no favorecían su andar, por lo que caminó cuanto pudo y se detuvo en la puerta de una bodega mal cuidada, ubicada al lado de lo que fue un antiguo supermercado, del que solo quedaron brasas y escombros luego de esos fervientes días que precedieron al tan recordado 18 de octubre.

A tropezones se acomodó entre los cartones que encontró a la salida, y en instantes se durmió acompañado de su peludo compañero, que como siempre, cuidaba de él.

No sintió el ruido de las bombas, ni el fuego que consumió el lugar con la rapidez de la luz, el cansancio y los tragos que llevaba encima no le permitieron escuchar los ladridos desesperados de su amigo, que hacía grandes esfuerzos por alejarlo de las llamas.

Esa tarde soleada José cerró sus ojos tristes por siempre, y desde entonces el peludo perro café recorre incesante las cantinas de la pobla, y pasa horas echado en el banco de cemento, esperando a su amigo que ya no vendrá.



Entre mi vida y su muerte

Katherinne Velásquez Céspedes

Aborté la vida, la desdicha, el dolor y el amor,
Aborté el miedo, la negación y la aceptación,
Aborté la tristeza y la entereza,
Aborté la debilidad,
Aborté el abandono,
Aborté los miedos,

Aborté una relación, un vínculo, me fui a juicio conmigo misma y pagué mis pecados, jamás supieron que estuve tras las rejas sin estarlo, cometí delito, lo hice en silencio y sufrí por un largo tiempo; ¿recuerdan cuando no quería hablar, no quería salir, no quería nada de ustedes? Era por eso, porque también los aborté a ustedes, a su amor pobre y a medias, a su poco tiempo, a su poca dedicación, aborté la violencia que me enseñaron, aborté el abandono en el que me criaron, aborté las ganas de abortar, aborté el miedo a fracasar, no podía más con esa lucha que peleaba día a día frente al espejo sin poder descansar, aborté el frío, los silencios, los “¿papá, otra vez de nuevo?”, los “mamá, que te vaya bien... ¿cuándo nos vemos?”

Nunca se enteraron que estaba muerta, yo misma cabe el hoyo y me puse un vestido de fiesta, color azul con turquesa, porque en mi entierro todo sería alegría y orquesta, no los quería y mi vida los detesta, no mentira, solo me fui a dormir una siesta, ustedes no me dijeron cómo se vivía un buen amor, todo era una tormenta y para mí los días grises son perfectos, como cuando cae la lluvia y te mojas hasta caer enfermo...



Sobreviví dieciocho inviernos con personas ajenas a mí, a mis vínculos más internos, todas estas personas fueron mi sustento, no quería nada donde todo se diluyó, quería y buscaba tanto una familia, fueron muchos los intentos, me acogieron, me dieron alimento, pan con mantequilla y un tecito bien caliente... la estufa ajena, los abrazos ajenos, palabras de amor ajenos, nada era apego, no crecí sintiendo eso ¿qué es eso?

¡Subamos, ven yo te ayudo!, me dijeron, subí a todo lo que movilizaba mis sentimientos, eran del cristal más fino, que al agitarlo un poco se podía trizar, vulnerables eran mis sentimientos, que jugaron un juego muy violento, no lo entendí hasta que lo perdí unas mil quinientas veces que me destruyeron, entendía que de eso se trataba y pedía al viento, ¡“llévame cómo las cenizas que bailan a fuego lento”!

Me quemé el corazón y mis adentros, le recé a la luna y a los siete elementos, dejé de creer en Dios y me convertí en mi propia Diosa en un altar de cerezos, me comí la fruta prohibida y me envenené con sus besos, la serpiente me estranguló y sentía que era una lucha si regreso...

Treinta y tres lunas van a ser en poco tiempo y ya puedo sentir el aroma a reconciliación, hice las paces con las fases de la luna, hice las paces con todos mis disfraces, desnudé mi alma para sentirme y volver a abrazar la vida... no hubo nada de nada en esta estadía, ustedes por su lado y yo con la mía... aprendí sola y sin compañía, herí y fui herida, corrí ensangrentada, pero me lamí sola cada yaga, estaba mutilada, pero sobreviví a ese entierro, ¿recuerdan mi funeral?; ah... verdad que no fueron, los invitaré para cuándo sea de nuevo, haber si se animan y así nos vemos...



Gracias a un libro

Ana María Véliz

Por una extraña razón siempre me he sentido cómoda estando sola, no me agrada estar rodeada de tantas personas, tal vez sea porque crecí en una casa llena de tíos, tías, primos, primas y abuelos; tuve mi propia cama a los 13 años, ese fue mi regalo de cumpleaños, hasta ese día dormía con mi madre, en la misma pieza donde dormí por 11 años de mi vida, compartida con mis tías adolescentes, cuando tuve otro lugar, seguía siendo un espacio que no sentía para mí, crecer en una casa donde solo tenía un rincón, crecer en una casa donde jamás me sentí bienvenida.

Durante muchos años escuché la frase “la oveja negra de la familia”, siempre creí que se referían a algo mal, un mal miembro de la familia, que la avergonzaba, pero con el tiempo entendí que más bien es “no encajar en la familia”, eso era yo, simplemente no era parte de una familia; hoy en día ser criada solo por tu madre es ya normal, el término “madre soltera” es ya parte de la sociedad, pero en mi niñez, era escuchar la misma pregunta “¿dónde está tu papá?”, aunque no olvidaré las hermosas frases de los familiares “eres igual a tu papá”, no era cierto, soy la viva imagen de mi madre, “sería mejor persona con un papá”, no es cierto, mi madre es un excelente ejemplo a seguir, “eres una vergüenza para tu madre”, no es cierto, ella siempre me ha dicho lo orgullosa que está de mí; ahora no son nada, pero cuando tienes entre 7 y 14 años, esas palabras duelen mucho.

¿Cómo creces fuertes, cuando creces rota?



Hubo algo en mi vida que me tocó muy profundamente, a los 5 años me dejaban ver la televisión en blanco y negro de mi abuela (que hasta el día de hoy cuido mucho), veía cada película que daban los viernes en la noche, y una noche apareció frente a mi “La Historia Sin Fin”, ese fue mi primer amor, Atreyu, quería montar en caballo por las planicies junto a él, recorrer toda Fantasía, quería ser como Bastián, y poder entrar a un libro y vivir tantas cosas, sentir que podía ser libre; aún no sabía leer, pero los cuentos fueron mi escape, apenas pude comprender las palabras escritas y comencé a ojear cada libro que llegaba a mis manos, aún guardo mis primeros cuentos y libros regalados, son mi tesoro, aunque no podía meterme dentro de ellos, era libre en esos instantes. A pesar de mi amor por la literatura, no era la alumna más brillante de la clase, pero jamás fue mala estudiante, me dedicaba a cumplir cada trabajo y tarea, yo misma me había impuesto la meta de nunca repetir un año escolar, y lo cumplí, aunque nuevamente la familia no fue el mejor apoyo, tengo un primo de mi misma edad y las comparaciones eran pan de cada día, otra vez, dolían, entonces la única opción que veía era tener que encajar en la familia, sentirme aceptada, aunque no cumplía con las expectativas, los libros y aquella televisión en blanco y negro seguían siendo lo mejor de mi mundo.

En el colegio, la lectura no fue fácil, admito que había historias que simplemente no eran de mi agrado, quizás porque buscaba la forma de imaginarme cada pequeño detalle como si estuviera dentro de aquel libro, pero sino conectaba conmigo, no podía. “Papelucho” fue mi favorito, orgullosa de mi colección, cuando crecí me enamoré de “Mama Rosa” y de “La Última Niebla” de María Luisa Bombal, después llegó “Como Agua para Chocolate” de Laura Esquivel, y lo que más amo es leerla mientras veo la película. Con el tiempo, pasé de lo literario a la historia, por el animé Lady Oscar



me obsesioné con la Revolución Francesa, de allí pasé a la historia de Luis XIV y a la dinastía europea de los Medici, entre tanto me encanté con la historia egipcia, cada día me llenaba más de libros, y quería más, las librerías clásicas del centro de Santiago eran mis favoritas, me fascinaban las que eran como la del Señor Koreander de “La Historia Sin Fin”, perderme en una gran biblioteca es un sueño; ese era mi mundo, mi libertad, mi valentía.

A pesar de aquella pequeña salvación, me sentía perdida en mi vida diaria, la realidad en la que no encajaba, no entendía por qué esa familia materna solo veía mis defectos y los destacaban cada vez que podían, era mala hija, era un mal ejemplo, mala estudiante, aunque no bebía, no fumaba, menos salía de fiesta, de por sí apenas tenía vida social, y tenía buenas calificaciones; crecí entendiendo lo que no es ser querida, simplemente esa familia, jamás me quiso, aunque tardé años en cortar esa relación, aquella casa comenzó a quedar vacía con el tiempo, hasta que quedamos mi madre y yo, como siempre sentí que debió ser, solo mi madre y yo. Aún estaba herida, y no sabía cómo sacarme ese dolor, cometí errores, me dejé manipular, decidí entregarme a la oscuridad, hasta que un día abrí los ojos para ver el mundo, debía sanarme, comencé a escribir cada sentimiento, cada pensamiento, cada idea, cada fantasía, cada locura, comencé a sentir orgullo de quién era, de lo que hacía, de lo que amaba, pero todo quedaba guardado, seguía sintiendo el temor de ser quién soy delante de los demás.

Odio cuando hablan de “encajar”, de “madurar”, siempre con ese aire de que se debe renunciar a esas cosas tontas que hacen feliz, existe algo en la inocencia que nos permite continuar alegres, como cuando veo un poster o un muñeco de mi serie infantil favorito, la infancia tenía aquella alegría que en el fondo todos extrañamos, me pasa con “La Historia Sin Fin”, olvido mi edad y donde estoy cuando leo el libro o veo la película, es maravillosa esa



sensación de volver a la niñez, el bello sonreír sin motivo más que aquel fugaz y revitalizante recuerdo, me aferro a ello, no quiero encajar y soy una persona madura y responsable, pero sin asesinar a mi niña interna, cuando aquello termina, se pierde algo muy profundo que te permite disfrutar de las cosas pequeñas que te hacían feliz pero otros ven como insignificantes. Eso es crecer, saber que no debo encajar sino ser feliz, y curar mis heridas, perderme en lo que me llena completamente, mis libros, mis cuadernos, mis lápices, mis pensamientos, mi mente.

Sigo rota por dentro, cuando te hieren, te quedas como fracturada, no golpean el cuerpo, golpearon mi espíritu, admito que después de dejarme llevar por la oscuridad, lo he pensado muchas veces, cuando aquella libertad o valentía se tropieza y cuesta levantarse, tomo una libreta y comienzo a escribir, como una forma desesperada de decirme a mí misma que soy más fuerte de lo que creo, es darme un consejo que voy a leer para saber que puedo seguir de pie, dejar de lado las piedras del camino, sacar lo que me ahoga y me aprieta el pecho, cada letra, cada palabra, cada borrón, cada página, es mi pena que debe quedarse allí, y convertirse en una enseñanza de vida; ese yo roto es mi peor enemiga, y pesa esas peleas, pero puedo ganarme y continuar, como aquellas mujeres que he leído tantas veces, esas mujeres históricas, pioneras de su época, todo estaba más claro, Atreyu quería salvar a la Emperatriz Infantil, Bastián debía salvar Fantasía, yo debía salvarme a mí misma; tenía historias con finales felices y finales trágicos, que te dejan en claro la maldad del mundo pero también su dulzura, y así es la vida.

¿Qué tiene un escritor que te muestra un mundo que te identifica? ¿Qué tiene un escritor que te regala su mente? ¿Qué tiene un escritor que te inspira a ser leyendo?



Sería bello que cada persona del mundo escribiera un libro, contando su vida, ese consejo de la experiencia de vida, aprender de los errores propios y ajenos, dándonos cuentas de las similitudes, de las diferencias, pero quizás muchos estén igual que yo, escribiendo tan inspirados pero de un momento a otro, tener vergüenza de mostrar lo escrito, sentir que no se es lo suficientemente talentoso, que lo que se escribió es un sin sentido, pero solo mostrando al mundo todo aquello se puede demostrar lo que una es capaz de hacer, tal vez aquello ayude a sanar a otros, como mis amados libros han hecho por mí.

Si se piensa, y se recuerda, entre vampiros, estudiantes de magia, victorianos, elfos, caballeros con armadura, dramas de amores, familias trágicas, historias reales, sueños rotos, libertad recuperada, fantasmas, historias galácticas, una vida recordada, cada libro es un amor único y maravilloso, te enseñan a contar tu propia historia, ser tu propia princesa guerrera, salvar la fuente de tu gloria, viajar por aquel mundo que te espera, sin olvidar los errores y los aciertos, con nuestras virtudes y defectos, aunque yo lo hago cada vez que puedo, sigo dudando de lo que relato en cada párrafo, debería dejar de tener miedo. Me siento cómoda estando sola, amo a mis amigos, y puedo extrañarlos mucho, pero no es fácil superar las penurias de la niñez, quizás en algún momento podré salir de mi zona de confort y enfrentar el mundo, ser capaz de mostrar mis palabras sin vergüenza, cerrar aquellos capítulos triste de mi vida, y recordar momentos bellos, sentirme orgullosa de quién soy, dejar de sentirme una persona rota, recuperar mi espíritu, sanar mi infancia, mientras pueda leer y escribir aquellas letras que con tanta felicidad aprendí en 1º básico, todo será posible, sin dejar de soñar, así seguiré alimentando Fantasía y ayudar a la Emperatriz Infantil con su basto imperio, nunca jamás se puede



olvidar aquello que enseñó a amar lo que da felicidad, sea un libro, película o canción, eso es parte de uno, es parte de nuestra propia historia.





José Flores Muñoz

A JP
Y otros suspiros lanzados al aire.

Entender la sangre desde la metáfora.
En una SUMISIÓN SUPERLATIVA,
desde un lugar perpetuo.
Desde el lugar del NO.
Entender la medicación desde la metáfora
es un yugo constante desde este MI lugar.
Entender la sangre desde la infección
Dentro de un lugar común,
espacio cuadrado.
Entender la metáfora de la sangre:
entre colores extraños, separados, dislocados, cálidos.
Entender la cura desde el autosacrificio.
Es: ¿METÁFORA?
Entender el alivio desde la automedicación.
Es: ¿METÁFORA?
Entender el sabor amargo de la medicación, es...
ajeno de la metáfora desconocida.
Lugar cotidiano.
Es el paisaje de mi lengua.
¡Aliviados sois de tu otro lugar!
¡Donde la metáfora es ARTE!



Metáfora ARTE METÁFORA arte METÁFORA.

Dónde la metáfora es extraña.

Donde solo contemplas la metáfora como lo que es...
METÁFORA. Metáfora, metadolor, metaficción, metarrealidad,
metaintrospección.

Desde ese otro lugar donde la metáfora, realmente es metáfora.
Porque desde este espacio casi inerte... involuntario y sereno.
La metáfora es real.

Vivir en el espacio ajeno a la verdad construida por unos pocos
muchos
está esa trascendía.
Legado. Legajo. Iletrado.
Reptil virulento, anfibio violento.
Esos pocos muchos (suspiro).
Vivir en ese espacio construido
como ficción, es NORMAL.
Platón. Idea mundi.

En ese lugar de la metáfora
METáfora METÁfora METÁFOra METÁFORA.
Mundo ficticio desrealizado.
No palpable con los labios,
orgasmos punitivos.
Y respira la palabra sí.
Sí.
Quizás.
En realidad todo lo que pueda estar entre el:



SÍ y el NO.
(Vacíos de quizás, tal vez,
sin embargos,
aunques,
por suerte...



La vuelta de Santiago

Miguel Milgram Zurita

Aprieto el manubrio con fuerza. Estoy tenso, ya queda poco. En esta etapa debo relajarme. La meta está cerca. Un pedaleo más, solo uno. La rueda delantera tiembla, pierdo el control del manubrio ¿un bache?, qué locura me dijeron que la pista estaba limpia. Pedaleo con furia los últimos metros ¿son los últimos? Veo las luces de la meta. El sudor empapa mi ropa. Paso cambio, quiero que las pedaleadas sean más livianas. Debo guardar energía, ya solo me conduce la inercia. Voy solo, ya todo quedó atrás. Pienso en papá ¿Me recordará? Tengo callos en las manos. El plato gira e impulsa las ruedas que se mueven rozando el asfalto. Suelto el manubrio, ahora sin manos. Pedaleo unos metros así. Me vuelvo a enfocar, no debo relajarme. Meses preparándome, no puedo fallar. Todos están pendientes de mí. Vamos, no aflojes ahora, sigue pedaleando, queda poco, me digo en voz alta.

Los patrones le dijeron a mi mamá que me invitaban al cumpleaños de Tomás, pero que solo podía jugar en la cocina y que me darían torta y dulces, me remarcaron que no saliera al patio con los otros niños. Vi desde la ventana como abrían los regalos. Me maravilló la bicicleta verde mini chopper que en su asiento tenía una rosa gigante y unas cintas azules colgaban del manubrio. En esa bicicleta aprendí a andar. No me costó nada, en una tarde ya la dominaba. Mi mamá me afirmaba el asiento y me empujaba con fuerza. Solo me caí un par de veces, pero no me ganó el miedo, soy valiente. Practicaba cuando mi mamá cuidaba la casa en verano.



Era nuestro secreto. La sacaba al patio y el perro jugaba a perseguirme mientras daba vueltas en círculo.

Miro hacia atrás y veo acercarse a los otros corredores, veo sus luces que quieren alcanzarme. La pista está oscura. Manejamos hacia el abismo. Una boca de lobo nos espera. Los reconocimientos de pista los hice de día ¿Por qué no de noche? Qué tontería, ahora ya es tarde. Muevo la palanca de cambio y la bicicleta cruje. No debo hacerlo sobre la marcha, me lo advirtieron. Pongo el cambio más pesado. La bicicleta ahora parece pesar kilos, mis piernas lo sienten, pero avanzo rápido, muy rápido. Las luces van quedando atrás otra vez, sin embargo, la meta se aleja ¡Qué diablos! Deben ser los nervios. Vamos, tranquilízate, recuerda la carga que llevas sobre tus hombros. Todos esperan mucho de mí. Pienso en mi mamá, aburrida de trabajar tanto. Un triunfo cambiará todo. El viento me corta la cara. Soy el más rápido, me aliento.

Los días de verano eran todos iguales: nos levantábamos al medio día y almorzábamos, veíamos dibujos animados o nos manguereábamos para luego tumbarnos en las veredas calientes por el Sol. El juego de la tarde consistía en hacer carrera de bicicleta a lo largo del pasaje. Yo no tenía bicicleta, pero me gustaba integrarme. A veces era el mecánico que arreglaba las ruedas malas de los competidores. Otras, me ofrecía para ser la meta de la competencia. Me ubicaba junto al árbol de tronco grueso y yo era el otro lado del poste, enrollaba unas cintas de cassettes en mis piernas y anunciaba quién ganaba la competencia. Los veía pasar rápido por la meta y yo era partícipe de esos juegos, pero nunca un actor principal, siempre un secundario.

La curva la tomo como viene, ni freno ni bajo la velocidad. Debo llegar pronto a la meta. El cansancio me pasa la cuenta. Siento que me alcanzan las luces tras de mí. Un lomo de toro no previsto ¿es nuevo? De esto no me acuerdo. La bicicleta da un



salto y quedo frío suspendido en el aire, eterno, el tiempo se detiene ¿hasta aquí llegamos? La rueda delantera toca el asfalto y pierdo el equilibrio, trato de recuperar el manubrio y controlar la rueda, el asiento impacta mis nalgas al golpear la rueda trasera el camino. Me congelo otra vez. Microsegundos. No pasa nada, sigo en carrera. ¿Cuánto demoré la última vez? Dos horas y minutos. Debí reducir el tiempo, no es una buena marca. El tiempo es fundamental y siempre se mueve hacia adelante. Cada minuto ganado es útil para volver. El camino de retorno es más fácil, línea recta y esperar el auto que me llevará a casa. ¿Hay retorno? Todo depende si llego a la meta. Ahí está. Ya visualizo las banderas en sus astas. Vamos Raulito, aguanta, queda poco.

Estoy acostado de espalda en la vereda, observando los volantes que surcan el cielo. Miro la destreza con que cortan el aire. Miro el dedo de mi amigo que hace girar con rabia el carrete entre sus manos. Mi abuelo aparece por la esquina. No le gusta que esté tirado en el suelo porque ensucio las sillas. Noto su caminar cansado y a su costado una bicicleta. La compró usada en el persa. La llevamos al taller para cambiar las cámaras y reparar los frenos. Me dice que es para mí, para que no tenga que andar pidiendo. Me lleva montado sobre ella. Me compra un helado y soy feliz.

Me alcanza un compañero. Relájate, somos un equipo, me dice. Toma la delantera y no detiene el movimiento circular de sus piernas hasta que me deja muy atrás. Tiene razón, debo manejar la ansiedad, ya queda poco. No podemos fallar ahora. Nos hemos preparado hace años para esto y algunos toda la vida para este momento. Me entrego al viento y vuelvo a soltar el manubrio y guardo mis manos en los bolsillos del polerón. Mi compañero reduce la velocidad y me invita a adelantarlo. Tranquilo queda poco, escucho que me dice. Muevo el cambio a ligero y en lo alto de la loma veo la meta. La llegada será compleja y la retirada sencilla,



aprovecharemos el descenso para tomar velocidad. Tomo aire y me pongo de pie sobre los pedales para tomar fuerzas y ganar a la pendiente sin detenerme. No puedo parar ahora. Ahí están las banderas y las luces.

Estoy sentado en los bancos de madera, en el frontis de la facultad. No hago nada, solo tomo Sol y miro el cielo. Estoy en tercer año y entre créditos y becas no logro cubrir todo el arancel. Un compañero de carrera me habla de un trabajo, una aplicación para repartir comida, que puedo usar bicicleta y además me sirve de entrenamiento. Me comenta que debemos sumar más gente, pero yo soy el actor principal. Le digo que cuenten conmigo, soy el mejor en la bicicleta. Le digo que los textos eran complejos, aunque de a poco voy entendiendo algunos conceptos. Me invita a la próxima reunión, irán unos muchachos de primero que se quieren sumar, aunque con ellos vamos poco a poco, me dice.

Solo unos metros. La pequeña loma se transforma en el Everest. Me pongo nervioso. Todo se transforma en una mochila pesada que me impide avanzar. Y por primera vez dudo. Metro a metro pedaleo. Me suda la frente y las manos. Un poco más y todo termina. Por el rabillo del ojo veo a mi compañero acercándose. Ya estamos, me dice. Ahora tranquilos. Llegamos arriba, veo la meta, pedaleo suave, reduzco la velocidad para que me alcance. No sé su nombre, él tampoco el mío. Me bajo de la bicicleta, siento un dolor agudo en los testículos. Camino lento hasta el frontis y saco la mochila con cuidado. Escucho el tic tac, luego no escucho nada y mi cuerpo arde.



Las aventuras de Pita

Eunice Urrutia Barahona

Pita tenía cuatro años cuando se despertó decidida a volar, no sabía cómo podía lograrlo así que se dispuso a investigar, daba vueltas y vueltas por su casa ideando un plan, hasta que en la cocina se encontró con su hermano mayor, y cómo él ya era grande estaba segura de que tendría la respuesta que necesitaba, así que le preguntó.

—¿Hermano cómo vuelan los pajaritos? —él la miró extrañado y respondió.

—Con sus alas, obvio —Pita pensó en su respuesta y rápidamente preguntó nuevamente.

—¿Y los bichitos, como las mariposas y las luciérnagas? —el hermano seguía sin entender qué es lo que realmente quería saber Pita y como estaba seguro de que seguiría haciendo preguntas hasta saber lo que realmente quería, decidió hacerla enojar y respondió.

—Ah, tú quieres saber cómo vuelan las moscas y las polillas — Pita que detestaba ese tipo de insectos, lo miró con cara de asco y él rápidamente le dijo.

—También tienen alas y sabes les encanta perseguir a las niñas curiosas como tú. Y riendo revolvió el cabello de Pita y salió corriendo a su habitación.

Pita sabía que no tenía alas, pero eso definitivamente no sería un problema para una niña a la que el tamaño de su creatividad le ganaba al de su estatura, así que sin pensarlo dos veces se dirigió hacia el jardín y comenzó a construirse alas y no una, ni dos si no



que se construyó tres pares de alas. Las primeras eran simples: en cartón dibujó dos cuadrados de lo que creía era el tamaño de sus brazos, los juntó con un pequeño rectángulo y mucha cinta adhesiva y para poder ponérselas también con cinta adhesiva les pegó unas cuerdas que tenía en el jardín su mamá amarradas a unos arbolitos.

Su segundo par de alas fueron las que más le gustaron. Las hizo con un disfraz que tenía guardado su hermana, era de plumas y lo había usado en un baile de su escuela, así que de seguro no lo necesitaría nuevamente. Recortó algunas tiras de la falda, y las pegó en las mangas de su polera favorita.

En el último par ya casi no le quedaban ideas, pero tomó rollo de papel higiénico y lo amarró como pudo a dos colgadores, estas alas definitivamente no serían sus favoritas, pero tenía que intentarlo todo para poder lograr su objetivo.

Pita estaba feliz con el resultado de cómo quedaron sus alas y estaba segura de que al menos una de ellas le serviría para poder volar, aunque sinceramente esperaba que fueran las de plumas. Ya era momento de comenzar a probarlas y con las tres hizo lo mismo, primero se las puso y movió los brazos rápidamente como ella creía lo hacían los pajaritos y bichitos, pero no dio resultado. Luego corrió lo más rápido que pudo agitando los brazos, pero eso tampoco sirvió de mucho. Pensó que quizás si saltaba de algo alto y movía los brazos, le resultaría, así que se subió a una silla saltó y movió los brazos con todas sus fuerzas, pero nuevamente no pudo volar, solo consiguió cansarse mucho y hacerse un raspón en las rodillas.

Estaba agotada sin ninguna otra idea de cómo poder volar, cuando como por arte de magia recordó que hace un tiempo atrás vio una película junto a sus primos donde un abuelito hacía volar su casa con un montón de globos. Pensó que si con globos



ese abuelito movió una casa que era enorme definitivamente la podrían mover a ella que era muchísimo más pequeña y menos pesada, pero ella aún no sabía inflar un globo así que decidió llevarle los globos a su mamá que estaba en casa y pedirle ayuda, pero este nuevo intento de volar duró muy poco, ya que los globos no flotaban como en la película, sino que estaban todos en el piso. la mamá de Pita al verla tan enojada le preguntó.

—Qué sucede, por qué estás enojada. —Pita respondió.

—Estos globos tontos no se elevan, tú tienes la culpa los inflaste muy pesados. —Dijo cruzándose de brazos muy enfadada.

—Lo que sucede Pita es que para que el globo se eleve o flote es necesario inflarlo de otra manera, se necesita un gas especial llamado helio, y en casa no tenemos helio, pero cuando vamos al supermercado podemos comprar un globo de esos te parece —le propuso su mamá a Pita—.

Pita quien a estas alturas del día ya no quería seguir esperando salió corriendo al jardín muy frustrada, era su segundo intento y tampoco había resultado, se recostó en el pasto mirando el cielo, ya no sabía qué más hacer, ella necesitaba volar pero nada le resultaba, pensó que si los globos flotaban con helio, quizás si a ella la inflaban con helio también podría al fin volar, pero para comprobar eso tendría que esperar ir al supermercado y no sabía cuántos días pasarían antes de que eso suceda. Mientras seguía pensando qué podía hacer para volar, vio a lo lejos un avión y a pesar de que quería volar con todas sus fuerzas, su cansancio y frustración no la dejaron levantarse para preguntarle a su mamá, cómo podían los aviones volar siendo tan grandes y además llevar personas dentro.

Al poco rato llegó abuelito a casa, él era muy divertido y siempre la ayudaba y acompañaba en sus aventuras, Pita lo saludó muy desanimada, y le preguntó:



—¿Tata, cómo es que vuelan los aviones?

Él respondió.

—Los aviones los hacen de una forma especial para que cuatro fuerzas distintas, con la ayuda del motor y del piloto lo hagan mantenerse, y moverse por el aire, ¿por qué preguntas, Pita?

Pita preguntó nuevamente:

—¿Tata, y si me inflan con helio yo voy a poder volar? —su abuelito que ya comenzaba a comprender qué es lo que le sucedía a Pita, se puso serio y le dijo:

—Yo creo que sí, pero sabes si te inflan con helio vas a salir volando tan rápido que no te podremos alcanzar y definitivamente yo te necesito cerca para mis aventuras, así que si quieres yo te puedo enseñar otra forma de volar. —Pita lo miró expectante y asintió con su cabeza

—Ponte de pie, estira los brazos y cierra tus ojos.

Ella lo hizo inmediatamente.

—Ahora vas a ocupar la magia más grande que existe para poder volar o hacer lo que se te ocurra, vas a imaginar que eres un pájaro o un avión, lo que tú prefieras.

Pita que estaba muy emocionada porque al fin podría volar, obedeció inmediatamente a su tata y apretando mucho sus ojos asintió nuevamente con la cabeza y de pronto, se dio cuenta que sus pies ya no estaban en el piso, sintió el aire en su rostro, y entendió que estaba volando por su jardín. Estaba tan feliz que abrió los ojos para poder disfrutar de esta aventura y aunque era su tata el que la cargaba en sus brazos y la hacía volar estaba muy satisfecha porque lo había conseguido, al fin estaba volando.



¡Mujer!... una propuesta para ti

Kheralis Moreno

Desde que estuvimos en el vientre de nuestra madre, hemos sido víctimas de estereotipos y exigencias sociales, frases como “ojala tenga mi cabello” “a quién se parecerá”, “ojala no se parezca a x persona”, “quiero que sea doctora cuando sea grande”, “ojalá no salga tan llorona”, “quiero que duerma toda la noche como la hija de mi amiga”; y así innumerables frases que si bien en muchas ocasiones no son dichas con mala intención, no se alcanza a vislumbrar el terrible efecto psicológico que esto provoca.

A esto se le suma, todo lo que tenemos que escuchar durante nuestro crecimiento, en esta sociedad que desde sus inicios a sobreestimado los roles de la mujer, siendo relegada a cumplir los deseos y aspiraciones de una cultura en su mayoría machista. Así crecimos, así nos educaron, sin querer, y sin buscar culpables, porque nuestros padres hicieron no solo lo que pudieron sino lo que a ellos también le enseñaron.

Personalmente, fui educada en Venezuela, un país latinoamericano, donde las mujeres son valoradas por su belleza física, donde es más importante el cómo te veas a él cómo piensas y cómo te educas. Donde los altos índices de embarazo precoz hicieron levantar una generación de mujeres aguerridas, luchadoras, madres solteras, trabajadoras que, sin lugar a dudas, eran extraordinariamente perfectas, enérgicas, cumplidoras como esposas, como madres, como trabajadoras. Fui a la universidad en un tiempo en el que la carrera de psicología por lo general era cursada por mujeres, porque se tenía la idea de que nosotras tenemos



mayor capacidad para ponernos en el lugar de los demás, porque somos más sensibles. De este estereotipo de mujer venimos todas, y ¿cuántas veces no nos hemos querido parecer a este modelo de mujer? Mi respuesta es ¡MUCHAS VECES!

En el año 2013 al graduarme experimenté esa sensación de haber logrado lo que quería y por lo que tanto me había esforzado, además, socialmente “ya era alguien” porque pareciera que en nuestras culturas un poco retrógradas nos dicen que para ser alguien en la vida hay que cumplir con estigmas culturales que en ocasiones son difíciles de lograr. Pero las demandas sociales no quedaron allí, al casarme y ser mamá por primera vez, aparecieron todos esos fantasmas que llevamos dentro, porque ojalá solo aprendiéramos lo bueno de nuestras madres, inconscientemente las admiramos tanto que deseamos ser como ellas, o en casos extremos no queremos parecernos. En ambos casos nos llenamos de autoexigencias que se desembocan en este proceso de nuestras vidas porque no es lo mismo lucharlo sola que con esas pequeñas extensiones de ti que lloran, gritan, te abrazan y te necesitan.

Luego de dos años nació mi segundo bebé, en una sociedad de precariedad económica y social enorme, por lo que decidimos salir de nuestro país a buscar mejores oportunidades. Llegamos a Chile, con dos hijos y una maleta, y junto a ellos, el sueño de tener una vida mejor, llena de mayores oportunidades, al principio todo era lindo, asumí el viaje como unas vacaciones, pero luego que pasaron los días, la tristeza empezó a notarse. Yo debía atender a mis hijos, ya no era la psicóloga que podía ejercer su carrera, ahora debía limpiar casas para poder traer las 10 lukitas diarias para completar los gastos.

Aunado a eso, pensé que ya no tendría más bebés porque el doctor que me ayudó a traer al mundo a mi segundo hijo; afirmo que equivocadamente me habían realizado una ligadura de



Trompas, pero no fue así, en mi primer mes en este país, salí embarazada de mi último bebé y empecé a sentirme cansada física y mentalmente, no sentía deseos de seguir viviendo, aunque sentía un gran amor por mis hijos, me sentía completamente infeliz, estar todo el día en la casa con tres niños chicos fue muy demandante para mi vida, empecé a estresarme mucho, intente emprender desde mi casa a ver si esos sentimientos de inutilidad y de improductividad se me pasaban, pero no fue así, hasta que empecé a tener pensamientos muy deprimentes, fue cuando me di cuenta que algo andaba muy mal, ya no podía manejarlo, aumenté de peso, eso afectó mi autoestima y las cosas fueron empeorando, debía buscar ayuda. Efectivamente, fui al doctor, me diagnosticaron una Depresión Postparto y un Trastorno de Ansiedad, me medicaron y remitieron a la psicóloga. Empecé mi tratamiento, y lo primero que la psicóloga pudo evidenciar era que mi autoexigencia llegaba al límite de lo patológico y anormal.

Quería satisfacer a todos, cuidar de todos, pero me descuidé, en algún momento me perdí, y ahora debía encontrar nuevamente el camino de mi felicidad, empezar a desempolvar las mayores cualidades de mi vida, y darme cuenta de que siempre estuvieron allí, aunque apagada, mis talentos estuvieron allí, seguía siendo la misma mujer solo que ahora más madura y con más aprendizajes. Mis expectativas elevadas de las cosas no permitían que disfrutara de los procesos, antes bien, sufría crisis de ansiedad porque quería que todo sucediera rápido y en el tiempo que yo estimaba. Quería seguir el mismo patrón de mujer que había en mi familia, aunque todos somos diferentes y andamos en nuestro propio ritmo, yo quería ser como ellas, luchadoras, súper ordenadas, en ocasiones sumisa, en ocasiones controladora, nada me generaba satisfacción, sentía una gran tristeza en mi corazón y en mi mente.



Pero con todo el trabajo multidisciplinario que han hecho los especialistas conmigo, en la actualidad siento esperanza, algo que no sentía antes, estoy encaminada, encontré sentido en mi vida, me siento feliz, aunque no he logrado aún todos mis sueños, la diferencia ahora es que tengo sueños y sé que los voy a alcanzar.

Las autoexigencias se hacen presentes en nuestras mentes, haciéndonos sentir no solo insatisfechas con quienes somos, sino incluso puede originarnos muchas secuelas psicológicas y emocionales, sintiendo que no merecemos la felicidad y la dicha. No es necesario buscar la perfección mujeres, pues he comprendido que perfectas ya somos. Somos una creación hermosa, con fortalezas que debemos reconocer y sacudirle el polvo, y con rasgos en procesos de mejoría, que nos hacen únicas. La mayor enseñanza que podemos darle a nuestras hijas e hijos es que está bien cansarse, llorar, sentir emociones como tristeza, desagrado, enojo. Está bien todo esto, porque no somos muñecas fabricadas, somos mujeres de carne, de huesos, de emociones, somos humanas, y esa humanidad nos hace extraordinariamente hermosas. Nuestros hijos no necesitan una madre perfecta, lo que realmente necesitan es una madre feliz, nuestra pareja no necesita una mujer perfecta con las mejores medidas, necesita una verdadera ayuda idónea que esté con ellos en las buenas y no tan buenas. Tú te necesitas humana, con sentimientos y pensamientos guiados al crecimiento personal saludable psicológicamente.

Mujer, te invito a reconocer que tan autoexigente estás siendo, si es necesario vivir infeliz complaciendo a los demás, o si es mejor llevar una vida plena, disfrutando y viviendo todas las emociones que como mujeres debemos experimentar. Si yo he podido recuperarme, tú también podrás lograrlo. Busca ayuda y al verte en el espejo recuerda que eres una creación hermosa y perfecta.



¡Derribemos nuestros gigantes mentales y alcancemos la felicidad plena!



Mujeres de nuestra historia

Ana María Véliz

Carrie Fisher dijo “No hay espacio para los demonios, cuando una está auto-poseída”

Cuando salimos a la calle, vemos a nuestro alrededor lo que más vemos son mujeres, llevando a sus hijos al colegio, abriendo los almacenes, comprando pan para el desayuno, barriendo la entrada de su casa, la famosa “señora del kiosko”; veo las casas de mi pasaje y sé que debe haber una mujer pensando qué cocinar al almuerzo, haciendo las camas, echando la ropa a la lavadora, entonces recuerdo a mi abuela, la que se preocupaba de todo, de mis tíos y tías, de mis tareas, de adornar para Navidad, la cena de Año Nuevo, mi abuelo jamás la hizo menos, al contrario, ella tomaba las decisiones, por eso cuándo se fue, nos sentimos tan perdidos, “la familia” se separó, cada quién en su casa, y mi abuelo se fue al sur, mi abuela no solo era esposa, madre y abuela, era el pilar de la familia. Pensando en las mujeres, pasamos de “ama de casa” a “dueña de casa”, de “madre soltera” a “jefa de hogar”, son títulos enormes, dignos de enmarcar y poner en nuestra pared, pero aun así es difícil que entendamos lo importante que somos incluso en nuestras propias vidas, aunque nos cueste reconocer, hasta mirarnos a un espejo es un desafío, como si tuviéramos miedo a nuestro propio reflejo y es que, en verdad, muchas veces no nos gusta enfrentar lo que vemos, en nuestro caso puede ser cansancio, el tiempo que pasó, las metas que no se cumplieron, descubrir quiénes somos, y no es un trabajo simple decidir buscar aquella mujer que escondemos por vergüenza, por miedo, por costumbre.



Muchas veces iniciamos algún proyecto, un curso, un taller, una idea, un emprendimiento, pero llega ese punto en que dudamos de continuar, no por falta de ganas o de entusiasmo, sino por falta de tiempo, entre el trabajo o las labores del hogar, los fines de semana se hacen nada, ya que por obligación debemos ir a la feria los sábados o domingos, como nos sacaron la de los miércoles y jueves, en verdad no es tan fácil darse un tiempo para sí misma, muchas veces somos las últimas en nuestra propia lista de prioridades, aunque sea por una pequeñez, dejamos algo nuestro de lado, para poder estar allí para otros.

Crecimos con ejemplos de “Grandes Mujeres de la Historia”, escuchamos sobre la Madre Teresa de Calcuta, Frida Kahlo, Rosa Parks, La Princesa Diana o Amelia Earhart, si nos centramos en Chile, los nombres que resuenan en nuestras mentes son Gabriela Mistral, Violeta Parra, Eloísa Díaz, Elena Caffarena o la Sargento Candelaria, ellas son grandes ejemplos, mujeres grandes, pero olvidamos a las más importantes, a las que no son reconocidas, las grandes mujeres de nuestras vidas, NOSOTRAS.

Mafalda dijo “Las mujeres en vez de jugar un papel, han jugado un TRAPO en la historia de la humanidad”, a pesar de ser importantes para levantar nuestro hogar y la familia, somos menospreciadas, durante años no tuvimos derecho a voto, a heredar una propiedad, a estudiar, a elegir una carrera, incluso era común que nos eligieran los maridos, y si hoy estamos aquí es por aquellas que lucharon y dejaron en claro que no somos el sexo débil.

Muchas crecemos con golpes, palabras hirientes, abandono, sin cariño, y todo aquello nos acompaña por mucho tiempo, y después tomamos la responsabilidad de otras vidas, con heridas aún abiertas, en ocasiones buscamos una pareja que sea nuestro salvavidas, porque esperamos que ellos nos validen, olvidamos que tan fuerte somos, y es que si lo piensan un poco, si estamos hoy



aquí es porque a pesar del dolor decidimos seguir de pie, enfrentando el mundo, somos más de lo que creemos, en eso debemos encontrar la manera de auto descubrirnos. Eleanor Roosevelt dijo “Las mujeres que se portan bien rara vez hacen historia” y también dijo “Haz lo que sientes en tu corazón, que es correcto, porque será criticado de cualquier forma. Serás condenada si lo haces, y condenada si no lo haces”, cuántas veces hemos tenido miedo a lo que otros piensan sobre nosotras, cuántas veces hemos sido criticadas por la manera en que decidimos vivir nuestras vidas, si nos casamos, si somos madres, si estudiamos algo por pasión y no por dinero; si hubiéramos hecho, lo que se supone debemos hacer, a limitarnos a ser amas de casas y nada más, no estaríamos haciendo historia, porque cuando nos damos la oportunidad de aprender, crecer y enseñar a otras, es hacer historia; de que no solo tenemos un mundo por conocer sino también por conquistar.

Tenemos diversos títulos en nuestros hogares, somos madre, hija, hermana, polola, esposa, tía, prima, nieta, abuela, amiga, profesora, modista, enfermera, psicóloga, artista, arquitecta, pintora, dibujante, cuentacuentos, productora de cumpleaños, cocinera, limpiadora, cuidadora, escritora, administradora, somos mujeres que amamos, a nuestras familias, amigos, a nuestro mundo, pero... a veces hacemos tanto por otro que dejamos de hacer para nosotras mismas, tenemos talentos, tenemos vida, energía y amor, hacemos tanto y nos toca sanarnos, curar nuestras heridas y seguir sonriendo, pero no debe ser así, podemos llorar, encontrar el camino a la autovaloración, hacer el ridículo si es necesario para sonreír de verdad, sentirnos cuerdas de lo loca que estamos, aprender que algún día nos tocara lidiar con la soledad, pero no estar sola, porque aunque los hijos se vayan o la pareja ya no esté, debemos ver el comienzo de algo nuevo, ver oportunidades, salir, iniciar alguna actividad, vivir completamente para



nosotras, aquello será nuestro legado, que aunque cueste se puede superar cada dolor, cada herida, cada golpe, cada ofensa y elegirse a sí misma, puede que el camino sea difícil, complejo, pero no imposible.

Somos dignas, poderosas, inteligentes, brillantes, somos hermosas, Coco Chanel lo dijo “La belleza comienza en el minuto en que decides ser tú misma”, sin escuchar a otros, sentirte maravillosa con lo que usas, romper con las ideas de mujer perfecta, porque verdadero atractivo está en nuestra imperfección, nos hacen únicas, llenamos el mundo de nosotras como flores en el prado, porque somos el ejemplo para otras mujeres e incluso para hombres, porque tenemos el increíble don de mantener un hogar, un trabajo y una vida con las alas rotas y seguir volando. La historia nos ha regalado maravillosas vidas de mujeres capaces de comerse el mundo y nosotras le tenemos miedo a nuestro reflejo, aquel espejo es nuestra ventana a la verdad, nos muestra nuestro espíritu valiente, reír porque queremos, bailar porque lo sentimos, llorar porque lo necesitamos, gritar para liberarnos, hablar para sanarnos, aprendamos de nuestros errores y defectos, ser orgullosas de nuestros aciertos y virtudes, enseñarle al mundo y a la vida, que somos Grandes Mujeres de la Historia, de esta historia, de mi historia, de nuestra historia.

Gracias a mi abuela por criarme y amarme, gracias a mi madre, que se levantaba temprano cada mañana, llegaba tarde del trabajo y aun así trataba de ayudarme lo mejor que podía en mis tareas, las veces que madrugó haciendo mis vestimentas para Fiestas Patrias, porque ahora ambas enfrentamos lo duro de la vida y disfrutamos lo bello de ser nosotras.



No es como en las películas

Ana María Véliz

Existen muchas historias de películas donde las relaciones de amistad terminan en un bello romance que perdura en el tiempo, ocurre dentro de un tiempo ridículamente corto, de meses, historias que avanzan rápido, quizás en alguna que otra narración, estas historias se prolongan por años, y después de varios malentendidos al final ambos terminan juntos, en este caso las cosas son distintas, no hay villanos, ni ex parejas celosas, muchos menos una gran cantidad de sucesos, es una simple amistad, una separación, y un reencuentro.

Tomar la decisión de ser sincera con los sentimientos no es una decisión fácil de tomar cuando una persona tiende a analizar mucho, temer a equivocarse, tener muchas amistades y evitar las relaciones, era lo que Elena creía, tenía la sensación que su vida amorosa era un desastre, tenía mala suerte o mal gusto, controlaba la necesidad de querer enamorarse solo para evitar pasar por los pasos al finalizar una relación, la tristeza, el enojo, la resignación y la liberación, cinco veces en su vida han sido muchas, claro ya no se consideraba una mujer joven, a un año de cumplir 40, cinco novios era demasiado y suficiente, si alguien llega, llegará o sino, ya estaba acostumbrada a estar soltera... sola, llevaba años trabajando en un teatro y con una colección de cuadernos lleno de obras incompletas, veía lejos su meta de ser una reconocida escritora. En otro punto del mundo y con una vida muy distinta, Leo no era un romántico, pero si había tenido relaciones largas y bonitas, si lloró, si se enojó, se resignó y continuó con su vida, tenía metas



fijas en su mente, trataba de ser más productivo que sentimental, había llegado a los 42 años y por fin estaba en el punto de su vida por el cual luchó, eran pocas las veces que sentía la necesidad de querer tener un amor duradero, porque de amores pasajeros tenía experiencia.

Hace 15 años Elena y Leo coincidieron en un mismo lugar, un viejo teatro en el centro de la ciudad, ella llevaba años trabajando allí, él llegaba con la pequeña compañía de actores que había iniciado junto a sus amigos de la universidad, era un grupo unido con la misma idea de viajar por el mundo y triunfar en cada escenario, claro, existían aquellos que veían eso como un hecho y otros como un sueño, pero a pesar de ello no renunciaban, siempre dando lo mejor de su talento. Elena en cambio era más solitaria, tenía muchas amistades pero se dedicaba tanto a su trabajo que hacerlo sola era más fácil y provechoso, cuidaba aquel lugar como si fuera un verdadero monumento nacional, lo veía como la cuna del talento de su país, así que tenía sus reglas y se debían seguir al pie de la letra, Don Jorge el administrador del teatro, no le importaba que Doña Mamá, como le decían los estudiantes que asistían a ver las obras, pusiera sus normas, ya que su simpatía y creatividad habían puesto aquel viejo edificio en el mapa de los amantes de las tablas. Allí fue el primer encuentro arriba del escenario y limpiando después de un ensayo, comenzaron a hablar sobre alguna obra, luego un libro, un actor, una actriz, una película, una historia, fue una conversación que duró 2 años, cultivaron su amistad de una forma tan inseparable que se convirtieron uno en el apoyo del otro, pasaron de hablar sobre sus pasiones a contar sus temores, quedaban para un estreno, una exposición o simplemente caminar por un parque, lo importante es que se tenían el uno al otro, hasta que Leo decidió probar en el extranjero, aunque muchos lo trataron de loco y de sacrificar lo que había logrado en



su tierra natal, Elena apoyaba incondicionalmente a su amigo, ella estaba segura de su talento y de lo que podía lograr, quedaron en cumplir una meta juntos y después del me llamas o me escribes, se despidieron, después pasó el tiempo y al cabo de 3 años, aquellas cartas y llamadas desaparecieron gradualmente que pronto ambos, en sus respectivos ambientes ya se trataban de “tenía un amigo qué...”

Después de tantos años, el encontrarse en el mismo lugar donde se conocieron para Leo fue curioso, para Elena solo fue un momento más en su día, ambos estaban en puntos diferentes de sus vidas, se podría pensar que ella había perdido su tiempo dedicándose tantos años a mantener el teatro lo más vigente posible, y él una estrella internacional, claro había triunfado, pero Elena tenía claro su éxito, cada idea dada fue realizada de manera maravillosa, eran sus logros, Leo siempre soñó con grandes proyectos, luchó hasta alcanzar sus metas, regresar a sus inicios era una forma de llenarse de energía, pero también estaba consciente de una promesa no cumplida, sabía que no sería fácil poder tocar el tema, ya que fue él quien no respondió el último mail que Elena le envió. Unos años antes de partir, aquellos amigos se habían embarcado en la idea de escribir una obra, que después de unos meses lograron terminar, con la promesa de estrenarla en un límite de tiempo, que por motivos de distancia y lazos rotos, no se cumplió.

En aquel momento, sobre aquel escenario, habían dos personas que tenían mucho que decirse, la conversación sería larga, y aquellos que estaban allí no querían ser testigos, habían visto esa amistad crecer, solo entre ellos dos eran auténticos, para el mundo tenían su personalidad, él decidido y seguro, y ella más tímida y callada, el motivo por el cual se complementaban era que no importa cuánto hablaban siempre tenían un tema diferente, Leo



estaba convencido del talento de Elena como actriz, pero al no haber estudiado ella no se sentía capaz de serlo, y tampoco quiso estudiar, venía de una familia con una visión fija sobre cómo debía ser una carrera, así que el arte era un *hobbie*, no una profesión, lo que también la llevó a dejar de escribir durante un largo periodo; Leo era diferente, su familia tenía una mentalidad más abierta, creía en los talentos de sus hijos, fueron padres que se sacrificaron por darles lo mejor, a pesar de sus temores y en ocasiones inseguridades, siempre enfrentó la vida con una sonrisa, Elena simplemente aprendió a conformarse, por eso el estar dentro de un teatro, era cumplir parte de un sueño, algo que Leo entendió y apoyó mucho, pasaron los años, pero una amistad así no volvió a sus vidas, tenían un lazo especial, ambos sabían por qué. Había llegado el momento de hablar, el perdón fue lo primero que salió de sus bocas, perdón por no responder, perdón por no llamar, perdón por no volver, perdón por no buscar, era el inicio de una serie de confesiones, los años habían pasado, ya no vestían de la misma manera, los cortes de cabello eran diferentes, pero ambos en el fondo seguían siendo los mismos.

Cuando se comienza una conversación, nunca se sabe hasta donde llegará, menos cuando existen sentimientos que no han querido sacar, fueron guardados a un punto en se creían perdidos en el interior, cuando Leo decidió ser sincero “Me enamoré pero estaba seguro que no me creerías”, la frase fue seguida por un silencio, no sabía si seguir hablando o esperar que ella le dijera algo, Elena respondió “Yo también, pero sino lo dije fue porque sabía que esto no podría ser”, a pesar de soñar despierta y desear tener un bello amor, Elena era realista, sabía que él tenía intenciones de irse y ella de quedarse, ambos estaban en una etapa de sus vidas que claramente para sí misma no eran compatibles, lo amaba profundamente, no hubiera sido capaz de pedirle que no



se fuera, lo amaba tanto que la felicidad de Leo y el poder realizar sus sueños era mucho más importante que intentar tener un relación, en este caso para ambos la libertad de conseguir su metas fue más valioso que amar. Se miraron por un largo momento, fue ella quien decidió continuar aquella plática y desahogar sus pensamientos, enumerando los motivos que la llevaron a enamorarse de él, y los motivos por los cuales fue mejor alejarse, no volver a enviar ningún mensaje, la distancia le dolía; para Leo escuchar cada palabra no era grato, sentía que todo terminaría con una despedida, después de tanto tenía nuevamente a la persona que más lo entendía, que más lo apoyaba, aquella sonrisa que iluminaba todo cuando sentía que las cosas iban mal, sus abrazos, cuando Elena acariciaba su cabello, de las veces que tuvieron que compartir una cama en esas locas salidas de la compañía teatro, cuando abría los ojos esas mañanas, al verla sabía que sería un día perfecto, en su cabeza empezaron a resonar esas palabras, mientras ella hablaba él también enumeraba los motivos que lo llevaron a enamorarse y también a dejarla ir, comenzaron a brotar lágrimas de sus ojos, Elena calló, se dio cuenta que Leo comprendió ese anuncio de despedida, fue cuando dejó de analizar todo, dejar el miedo de estar cometiendo un error y en un repentido movimiento tomó la mano de Leo, ella caminaba muy rápido cuando dijo en voz alta: “Estrenaron esa película que llevo meses esperando”, él sonrió y simplemente dijo “¿aquella cafetería aún está abierta?”.

Aquella noche pasó y los siguientes días pasaron como si el límite de su unión no existiera, esos dos meses se volvían eternos, durante el día los ensayos en el teatro, por las tardes las funciones de la obra y en las noches eran solo para ellos dos, vivían sus vidas como si estuvieran juntos desde hace mucho, cuando las semanas pasaban y se acercaba la fecha en que Leo debía regresar a su trabajo en el extranjero, no querían permitirse perder el tiempo,



reían, se miraban, se besaban, se abrazaban, eso era lo primero ante todo. Luego esas 8 semanas llegaron a su fin, ella se levantó muy temprano, hizo el desayuno y se preparó como cada día para su trabajo, Leo se acercó y la abrazó, dejaron que el tiempo pasara en un largo abrazo, como transmitiendo sus sentimientos el uno al otro, tuvieron el clásico beso de despedida, al cerrarse esa puerta después de que Leo saliera por ella, le partió el alma a Elena, pero no lloró, sino que hizo lo mejor que siempre podía hacer, tomó su cuaderno y comenzó a escribir, cada escena, los diálogos, pasaron las horas, durante los siguientes días continuó escribiendo hasta terminar por completo, solo después, se sentó en su cama y comenzó a llorar, dolía perder nuevamente a su mejor amigo, un amor que no se olvida. Pasaron los meses y Elena mostraba su obra al mundo, seguía sola, aunque esta vez lo sentía distinto, porque Leo no dejaba de recordarle, que siempre estaría allí, aunque pasen otros 15 años, antes de volver a verse.



Nuevamente se posaron sobre mí un par de soas

José Flores Muñoz

Es que una no piensa que la van a tratar así. Con esa mirada idéntica a las soas del pasaje. Esa mirada cuando me puse por primera vez una polera de un color llamativa bien ceñida al cuerpo contorneando una cintura. Esa mirada con olor a coral, mezclado con Derby y monedas de peso, que dejaron incrustadas en la espalda y que yo las recibí con mis cachetes.

Al atraparlos con mis cachetes lo digo de modo literal, a cada mirada apretaba el ano, conteniendo la rabia, así desde chica aprendí sin saber, los ejercicios de Kegel. Mientras entrenaba mi ano al compás de las miradas de las soas, sin saber lo que me depararía más tarde.

Y ahí estaba nuevamente esa mirada. Aplastada en el rostro de la matrona, toda roja, toda matrona, delantal rojo ¿por qué una matrona? ¿Ser positivo es como un hijo?

¿Voy a parir esto? ¿Cuántos meses tendré que tenerlo dentro? ¿Lo puedo dar en adopción? ¿Cómo se cría? ¿A qué hora le tengo que dar la comida? ¿También va al colegio?

Sabe. No sabía que era así, como un hijo ¿Se puede saber si es hombre o mujer? Aunque igual tengo algunos. Sí es mujer: Amaranta o Eresmilda. Si es varón, tal vez como yo, más algo. No sé. José Magnolio.

Magnolia. Podemos hablar desde ahora como Magnolia. Y comenzando el cuestionario ella iba anotando mis respuestas. Mi cabeza estaba dividida en dos partes. Por un lado, era el



día de mi cumpleaños y pensaba si estaba naciendo nuevamente o muriendo el mismo día de mi natalicio. Agradezco que sea el mismo día, porque yo soy re mala para las fechas. Y por otro, trataba de concentrarme en responder las preguntas que bordean el fetichismo.

Y en esa pregunta: “¿A qué edad fue su primera relación sexual?”

La matrona me mira, con esa misma mirada de las soas y esperando mi respuesta. Continúo:

¿Con consentimiento o sin consentimiento? Con consentimiento a los dieciséis; sin, a los seis años.

Su mirada me hizo sentir que la muerte me invitaba a la pista de baile. Y la coreografía claramente no me la sé.

Yo quería decirle que me había enamorado, por supuesto no era el primero, pero sí, me enamoré sin preservativo.

Y que, como la Jurado, a ese hombre yo le creí.

Enamorarse sin preservativo.



Rota

Nicole Salazar Bórquez

Ella sintió un dolor
Inexplicable en su corazón,
Estaba perdiendo el calor.
Hasta que un día su
Frío corazón dejó de
Latir por aquello que
Una vez creyó,
Era su amor...
Lloró tantas veces,
Que en su propio
Océano ella se ahogó.
Cada vez que salía a
Respirar, lágrimas rodaban
Por sus mejillas, sin que
Se diera cuenta.
Tan herida estaba
Que su alma gritó en desesperación.
Hasta que un día,
Ella dejó de ser agua
Y se convirtió en fuego.
Fuego que evaporó aquel
Océano de llanto
Y no pudo volver
A llorar,



Ella se secó, como un desierto
En creación.



Secreto

Nicole Salazar Bórquez

Se alejó sin mirar
Atrás, sin decir que
Sentía por él.
Guardó en lo más
Profundo de su corazón
Los sentimientos que
Floreían como en primavera.
Los atesoró como su
Máspreciado bien.
Como deseaba sentir,
El toque vibrante de sus manos
Recorrer su piel,
Ese roce electrificante
Que erizaba cada poro de su ser.
Un beso tierno y profundo
De amor sin decir.
Como quisiese que esa
Despedida no hubiese llegado.
Pero sus caminos se separaron
Sin dar tregua a su paso.
Mirando ambos un horizonte
Distinto de oportunidades.
Su despedida fue un dolor desgarrador,
Un adiós guardado a quien fuera
Su destinado amor.



Sinfonía de Primavera

Aracely Bueno Garrido

Un nuevo paisaje aparece acompañado de una orquesta sin igual,
Miles de aves cantan y al unísono se puede oír su trinar
Las rosas y la Bugambilia nuevamente florecen volviendo a
| engalanar
Los parques, las casas y las calles de la ciudad.

La rimbombante Melodía de la brisa anuncia un cambio de
| estación,
La primavera que es como una ninfa, reviste todo el mundo de
| color
Cubriendo de flores y tonalidades verdes con su paso,
El firmamento se vuelve una copia del mar pacífico y su fondo
| azulado.

Los niños van corriendo hacia el parque, descalzos sobre el pasto
| siempre es mejor,
sus risas pueden oírse por todas partes, porque la primavera llegó,
No solo suele ser apabullante para el infante, sino que también
| para el mayor
Así como el cantar de las aves, el paisaje también le canta al amor.

Jóvenes tirados en el parque abrazados bajo la sombra de un árbol,
Hablandose despacio en ese especial y único lenguaje que solo
| entienden los enamorados...



¡Cuántas cosas emocionantes no suceden con el cambio de
| estación?
¡Es la naturaleza hablándonos con todo su esplendor!

¡Qué maravilloso momento para estar vivo y poder oír su voz!
Aunque para hacerlo no se necesita tener un buen oído,
basta con cerrar los ojos y regular la respiración,
la brisa fresca y liviana acaricia hasta el alma para luego
| brindarnos un cálido abrazo de rayos de sol.



Sueños viejos

Manuel Huenuqueo Vidal

Te he echado tanto de menos en estos días.
Te encuentro en mis sueños,
Y me despierto a las 2 o 3 de la mañana.
Afuera hace frío,
los gatos son los dioses de esta noche.
Adentro también hace frío.

El último día,
quisiera estar caminando por las calles de Dalcahue.
Tomarme fotos frente a esas iglesias solitarias
que están a un lado del camino.
Te veo allí.
Tan ligera,
tan sonriente
con tus labios rojos y dulces como una manzana.
Me invitas a seguirte,
y te sigo,
y caminamos horas bajo la lluvia
sin encontrar el puerto
sólo a los vagabundos de la noche
junto a una fogata,
escuchan a Los Prisioneros en una radio a pilas,
y el vino tinto en la mano,
un vino navegao



Y ahí está el mar.
Y te quedas atrapada en la bruma,
en mis sueños viejos,
en mi juventud perdida.



Un punto fijo en la oscuridad

Miguel Milgram Zurita

Vi tus ojos cerrados y la sangre mezclada con la tierra formando un barro grotesco. No soy el único que te recuerda, tus hermanos y tu abuela también lo hacen. Esta mañana es igual a otras, solo que no te veré pasar, como siempre, acompañada de un perro con el paso apurado. Si no fuera porque apareciste en la prensa te podría esperar esta tarde en mi casa, o tal vez vendrías por la noche cuando no tuvieras dónde ir y necesitaras mi presencia silente a tu lado.

Deambulo por el taller. Veo las herramientas y el trabajo acumulado, un montón de zapatos me esperan. Remendar suelas y pegar botas ahora que en verano se acerca el invierno. El olor a pegamento me provoca náuseas. Vuelvo al dormitorio. Nelly ronca volteada hacia la pared, miro su pelo blanco y su espalda ancha que ejerce como barrera natural. Enciendo el televisor buscando algún comentario sobre ti. No estás en pantalla, duraste poco, el verano acaba y nadie recordará a la joven que encontraron muerta en el basural. Sintonizo al matinal y pongo el aparato en silencio para no despertar a mi mujer. Me fijo en los zapatos del conductor, unos bellos mocasines italianos que brillan con las luces del estudio de TV. La modelo de piernas largas lleva unos magníficos zapatos rojos. Se ve bellísima e incómoda. No se mueve, no camina solo está inmóvil como una estatua a la cual rendirse.

—¿Estás aquí, Carlos? —me pregunta Nelly sin abrir los ojos.

—Estoy aquí —le respondo con ganas de estar en otro lado.

—Pensé que estabas trabajando.

—Hoy no tengo ganas.



—No puedes acumular los pedidos.

—Lo sé. Comenzaré más tarde ¿necesitas algo?

—Quiero desayunar.

Preparo el desayuno según las indicaciones que nos dejó el doctor. Todo es saludable y bajo en azúcar. Ayudo a Nelly para ir al baño. Aún no se acostumbra a la silla de ruedas, prefiere estar acostada todo el día mirando televisión. Yo tampoco desearía levantarme en su estado. Escucho el sonido del water, se levanta con dificultad y la sujeto para que lave sus dientes. Me mira por el espejo y veo su rostro junto al mío. No soporto el reflejo y bajo la mirada como pidiéndonos disculpas. Somos viejos, muy viejos. Quizá no debiéramos seguir malviviendo. No soy capaz de darme un tiro, sin dárselo primero a ella. Nunca tuve ideas suicidas. Solo invento salidas extraordinarias a esta abrumadora realidad.

—Hoy viene a almorzar Susana —me dice mientras sorbe el té.

—¿Viene sola?

—Con las nietas. No te preocupes que ella pasará a comprar pollo asado y papas fritas.

—Muy bien, voy al taller.

—Me alcanzas el control remoto antes de irte.

Trabajo lento. No puedo hacer otra cosa. Solo pienso en tu cuerpo con los ojos cerrados mientras te cubrían con diarios a la espera de Carabineros. ¿Por qué no te quedaste acá esa última noche? Las noches eran cada vez más salvajes y tú lo sabías. Te lo pedí, pero solo mirabas las tablas de la pared, sentada en la improvisada cama que te armaba cuando venías a verme.

Llega Susana con Andrea y Catalina quienes hacen el intento de saludarme, sin lograr despegar la vista de sus teléfonos. Susana me da un fuerte abrazo y siento su cuerpo de mujer. Recuerdo cuando era una niña y no lograba despegarse de mí. Saluda a su madre y la recrimina por seguir acostada.



—No puede echarse a morir, mamá —dijo Susana.

—Es que me cuesta hija, no tengo ganas de levantarme y estar en esa silla —se quejó Nelly.

—Yo me cansé de insistirle, le digo y le entrego la responsabilidad a Susana. Este día quiero estar libre. No quiero preocuparme por nada. Han pasado pocos días desde tu entierro. Que triste fue eso. Poca gente, solo tus hermanos y la abuela. Tu madre no pudo levantarse de la borrachera. Fuimos con otros vecinos, ellos iban para acompañar a tu abuela. Yo iba por ti, por mí.

—¿Qué es esa bodega? —preguntó Susana

—¿Cuál? Intentó asomarse mi mujer.

—Esa del fondo —apuntó con el mentón.

—No sabía que estaba —dijo Nelly.

—Es una bodega que estoy construyendo para guardar cosas y ordenar un poco el patio. No vayan que está la cagada y hay clavos asomados —traté de disimular.

Llegabas a mí cuando no tenías dónde ir. Cuando tu mamá se emborrachaba hasta perder la conciencia y tus hermanos se quejaban del hambre. Llegabas a mí para pedir plata y otras veces me contabas tus problemas. Te escuchaba mientras acariciaba tu pelo corto y olía tu cuello.

Susana ordena los cubiertos en la mesa, yo hago las ensaladas y mi mujer nos mira desde el patio. Las nietas siguen en sus aparatos. Almorzamos en silencio, solo interrumpidos por trozos de conversaciones vagas que intenta comenzar Nelly.

—¿Supiste que murió la nieta de doña Rosa?

—¿Cuál? ¿La gordita o la otra?

—La otra, la de pelo corto. Esa que era medio rara. Esa que movía la cabeza para caminar y que siempre andaba con perros.

Nelly hizo el gesto moviendo la cabeza de izquierda a derecha.

—¿Qué le pasó?



—La mataron de una puñalada. La encontraron en el basural. Tu papá fue al entierro. La niña tenía como 20 años, la misma edad de Catalina.

—Fue muy triste —no pude decir otra cosa.

La primera vez que te vi me vendiste un celular, me mentiste diciendo que era tuyo. Lo compré igual. Siempre compro cosas robadas. Me contaste que eras nieta de la señora Rosa. Qué habías vivido acá cuando niña, pero te fuiste al sur con una tía. Allí viviste hasta que terminaste el colegio y me dijiste que venías a estudiar a Santiago. Ambos sabíamos que era mentira. Acá no se estudia. A nosotros nos toca trabajar o vagabundear. Solo estudian los que tienen buena cabeza. Tus visitas se hicieron costumbre. A diferentes horas venías a venderme cachureos o pasabas las tardes contándome tus cosas mientras yo pegaba tachuelas. Querías ser escuchada. A veces pedías algo de comer y en otras ocasiones entrabas eufórica y luego te hundías en el sillón con la mirada extraviada.

Aquella noche escuché el ruido de la cadena golpeando el portón que da a la calle. El perro no ladró, solo jugueteó contigo. Nelly dormía y la lluvia de julio caía monótona sobre las latas de zinc. Me pediste si podías dormir en el taller, tenías frío y tu mirada esquivaba la mía. Estabas delgada, hace meses que no te veía. Te recostaste en el sillón y te ofrecí un té. No me hablabas, solo mirabas un punto fijo en la oscuridad. Te cubrí con una manta. No sé si dormías, pero acaricié tu pelo. Mis dedos recorrieron tu cráneo. Moviste la cabeza como un gato que trata de acomodarse. No recuerdo cuántos minutos estuvimos así. No quería que terminara. Había paz en ese momento. Acariciaba tu cabeza y luego pasaba mis dedos por las vértebras que se asomaban por el cuello de tu polerón maloliente. Recorrí tu cuello subiendo hasta el lóbulo de tu oreja. Gracias, me dijiste. Me fui a la cama con la sensación



de caminar sobre un sendero etéreo y el corazón martillaba mi pecho. Me recosté e intenté en vano mirar televisión, sin detener el temblor de mi cuerpo. A tientas en la oscuridad volví al taller. No veía nada, solo adivinaba tu cuerpo reposando a centímetros de mí. Me acerqué y hundí mi boca en tu pelo negro, te paraste rápido como evitando el ataque. Me miraste con asco. Te volviste al sillón y cerraste los ojos para no ver como mi mano ruinosa tocaba tu cuerpo. Me enterneció ver tu figura delgada en posición fetal. Las costillas bajo tus pequeños pechos se dibujaban con cada inspiración como las rayas de un animal. Separé tus rodillas, luchaste y no abriste los ojos, pero te rendiste y arqueaste tu cuerpo con los brazos extendidos hacia atrás con las manos empuñadas para no tocarme. Hice un poco de fuerza y escuché un sonido, casi imperceptible, que emitió tu boca ¿Un quejido? ¿Un no? ¿Un ayuda? pero solo estábamos tú y yo. Dije te quiero mientras resoplaba sobre tu hombro. Te alcancé la ropa, te cubrí con mantas y acaricié tu pelo. Te di un billete que tenía en mi bolsillo y así todo comenzó.

Me visitabas seguido. Los clientes comenzaron a hacer preguntas, les dije que venias a ayudar a Nelly. Construí la bodega para que te escondieras cuando lo necesitaras. Te daba dinero y comida y esto era lo más cercano a una relación que había tenido en años. Allí me dejabas tocarte sin jamás abrir los ojos. Recuerdo tu expresión suplicante con los ojos cerrados. Los mismos ojos cerrados que vi cuando encontraron tu cuerpo, ¿cómo fue tu último segundo? ¿Pudiste ver quien clavó el puñal en tu vientre o solo los cerraste para no ver? Para bloquear cualquier haz de luz que quisiera colarse, preferías la oscuridad, te hacía sentir más segura. No querías confirmar lo horrible que era el mundo. Quizá solo cerraste los ojos ya cansada de todo, de tu mamá, de tus hermanos, del viejo zapatero que te baboseaba y te mordía el cuello con los



pocos dientes que aún se fijaban en su boca. Una bestia primigenia de un pasado donde nada tenía nombre.

Observo la mesa mientras almorzamos. Mi mujer masca con dificultad. Mi hija habla sobre su trabajo. Mis nietas comen sin despegar la vista de sus teléfonos. Las miré a todas y sin motivo aparente comencé a llorar.



Textos literarios concurstantes

categoría personas mayores

El astronauta

Héctor Saravia Reyes


Esta es mi historia de cómo llegué a ser astronauta. Tenía 17 años, llegué a un lugar llamado Calama en el norte de Chile, que entre otras cosas fue cuando comencé a viajar y a conocer mi país, llegué a este lugar cuando sólo era una calle larga y se conocía poco, fue mi primer trabajo, después de dejar mis estudios, nunca olvidaré que todavía a esta edad era un niño, en ese tiempo se era mayor de edad a los 21 años. Este además fue mi primer y último viaje en avión, después solo lo haría en bus. El trabajo fue la construcción de viviendas para los obreros del mineral de Chuquicamata, en ése tiempo ya se estaba pensando en la salida de los trabajadores del mineral. La población se estaba construyendo entre Chuquicamata y Calama esto significa en pleno desierto. Villa Ayquina se llama el lugar. Una parte de la luna se encuentra más o menos a 13 km al oeste de San Pedro de Atacama y 110 km al sureste de Calama. En unos días de descanso en el trabajo, decidimos conocer un lugar llamado EL VALLE DE LA LUNA y darnos un gran gusto de ser astronautas por primera vez.

Como dije antes, había que recorrer 110 kilómetros hasta el lugar y viajar en pleno desierto era una gran osadía para nosotros, sacamos un jeep de la empresa, un plano y una brújula, sin saber si servirían para algo. No sabíamos dónde íbamos ni sabíamos si podríamos llegar, ni siquiera sabíamos que veríamos, lo único seguro es que miráramos para donde miráramos había solo desierto. Salimos a las siete de la mañana calculando dos horas de viaje por la distancia de donde estábamos, era y fue un gran



desafío, peligroso además pero para nosotros fue el desafío de llegar y conocer el lugar. Casi tres horas de viaje nos demoramos en dar con el lugar, que por lo demás lo supimos cuando llegamos estaba estrictamente prohibido ir al lugar si no se iba con personas que eran guías conocedores del lugar. Demás está decir que el reto, la llamada de atención, fue a otro nivel, y nos quitaron nuestros documentos. Una vez pasado el reto, y nosotros en silencio asumiendo nuestro error. Pedimos excusas y entonces el permiso para conocer y recorrer el lugar llamado EL VALLE DE LA LUNA. afortunadamente después que los guardias supieron nuestros datos, nos autorizaron a quedarnos y conocer el lugar. Siempre he dicho que el norte de Chile hay lugares hermosos y muy difíciles de contar la inmensidad de colores que hay es impresionante, si le suman lo increíble del lugar del valle de la luna, entonces es de otro planeta. Fuimos los primeros astronautas que logramos pisar una parte muy hermosa de la luna, en realidad es lo que nos dijimos, nadie nos quitara nunca esta aventura, de estar en la luna, mirando un limpio y hermoso cielo lleno de estrellas al alcance de la mano, donde el silencio se puede escuchar. Y se puede ser ASTRONAUTA.





Letras en primavera, concurso literario de la Biblioteca Municipal Fatema Mernissi, es la decimoquinta publicación de CERRO EDICIONES en coedición con BIBLIOTECA MUNICIPAL FATEMA MERNISSI. Este libro en su versión digital se terminó de editar y diseñar en junio de 2023. Se usaron las tipografías Alegreya, Alegreya Sans y Montserrat.